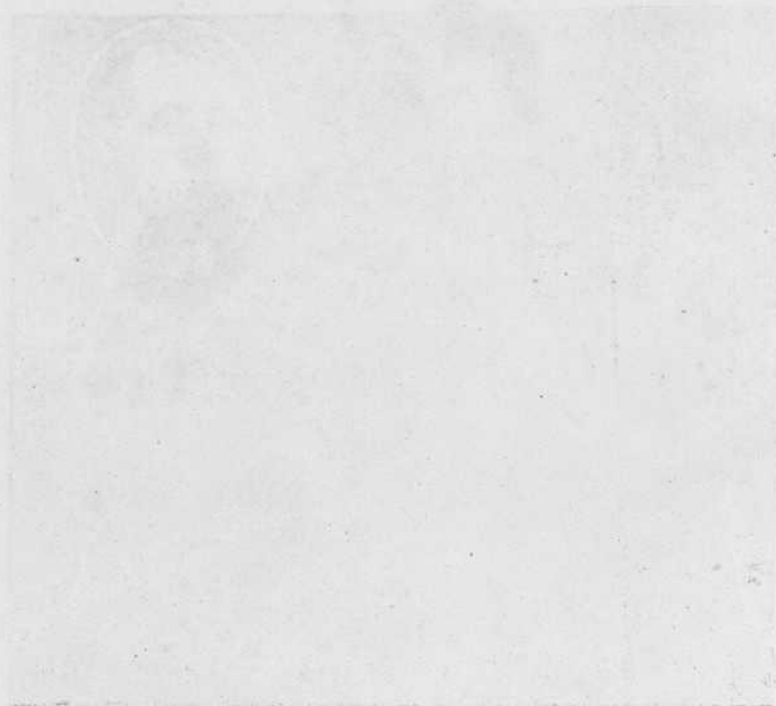


EL MARTIR
de
BARRUELO

G-F 11147



Doc
A

Do me buyers
engomés
J.M.

EL MÁRTIR DE BARRUELO

C. 1173461

TR. 138897

EL MARTIR DE BARRUELO

EL MÁRTIR DE BARRUELO

VIDA, VIRTUDES Y MARTIRIO
DEL

HERMANO BERNARDO

(Plácido Fábrega Juliá)

RELIGIOSO MARISTA

MARTIRIZADO EN LA REVOLUCIÓN DE OCTUBRE DE 1934

EN BARRUELO DE SANTULLÁN (PALENCIA)



1947

Conforme a los Decretos de Urbano VIII, declaramos que cuanto en este opúsculo se dice está apoyado solamente en testimonios humanos. En modo alguno, por tanto, pretendemos anticiparnos al fallo infalible de la Santa Iglesia Católica, de la que nos profesamos obedientes hijos.

LOS AUTORES

APROBACIONES

Imprimi potest

H. SIXTO

Praep. Assist. Hispan.

Nihil obstat

DR. JOSÉ BRAVO GÓMEZ

Canónigo

Burgos, a 17 de mayo de 1947.

Imprimase

✠ LUCIANO

Arzobispo de Burgos

Por mandado de su Excia. Rvdma. el Arzobispo mi Señor,

DR. BUENAVENTURA DíEZ Y DíEZ

Canciller-Secretario



DEDICATORIA

PARA ti, alumno que acudes a un colegio marista, se ha compuesto este librito.

Te ha de gustar. Es la vida de un apóstol de la educación católica; de un apóstol que se santificó mediante la observancia de la misma Regla que siguen tus educadores de hoy. Fué un marista de cuerpo entero, y, además, como remate de su existencia terrena, mereció el honor insigne de dar su sangre por Dios.

Cuando hayas leído estas páginas, habrás de exclamar: "Este hombre era un santo." Al Romano Pontífice toca definir si lo fué realmente, y creemos que no tardará en decirlo. Pero, entretanto, es innegable que la vida del Hermano Bernardo y su cruento martirio exhalan perfume de santidad.

Has oído hablar de la legión de mártires que durante la última cruzada (1936-1939) obtuvieron la corona. Pues dos años antes de sobrevenir el glorioso Alzamiento Nacional

contra los enemigos de Dios y de nuestra Patria, el Hermano Bernardo anunciaba, con su sacrificio, la sangrienta lucha que iba a entablarse muy pronto en suelo hispano. Fué un precursor de tantos y tantos héroes...

De la lectura de esta obrita debes, colegial querido, sacar un propósito: el de aprovecharte lo mejor posible de la educación que hoy se te brinda.

Y ¡ojalá merecieses el singular favor de ocupar uno de los puestos que en el ejército marista de este mundo dejaron vacantes el Hermano Bernardo y el escuadrón de mártires que imitó su ejemplo!



UN BAUTIZO EN CAMALLERA

CAMALLERA es un pueblo de la provincia de Gerona. Enclavado en la feraz comarca del Ampurdán, disfruta de las condiciones climáticas de la región, benignas en general, menos cuando la temida tramontana sopla con furia, al precipitarse hacia la tierra baja las masas de aire frío desde los altos riscos pirenaicos. Es Camallera estación del ferrocarril de Barcelona a Francia.

El día 18 de febrero de 1888, en la familia de don Pablo Fábrega y doña María Juliá reinaba grande alegría. Es que Dios les había



Camallera, el pacífico pueblo ampurdanés

dado un nuevo hijo. Todo eran visitas y felicitaciones de parientes y amigos de la casa. Los cuatro hermanos del recién nacido no cabían en sí de gozo. Preguntaban una y otra vez: «¿Qué nombre van a poner a nuestro hermanito?»

A los dos días, la campaneta de la torre de Camallera volteaba con regocijo inusitado, para anunciar la ceremonia del bautizo. Dióse al niño el nombre de Plácido. Pronto se vería qué bien cuadraba este nombre a quien tanta placidez de carácter había de mostrar.

Concluida la ceremonia, los padrinos tiraron generosamente a voleo caramelos y confites, en obsequio de la chiquillería; y cuando la comitiva llegó al domicilio de los señores de Fábrega Juliá, hubo repetición de enhorabuena.



Casa natal del H. Bernardo

había jurado fidelidad a Jesucristo junto a la pila bautismal, sería, en el correr de los años, un apóstol incansable y un educador eximio. La Santísima Virgen le llamaría muy temprano a formar parte de la familia marista y, protegido por tan dulce Madre, aprendería a entronizar a Jesús en su propio corazón y aprendería también el sublime arte de enseñar el camino del cielo a los niños y a los jóvenes.

Para todos ellos habría cabida en aquel corazón generoso, pero merecerían la preferencia los humildes, los infortunados, los hijos de quienes viven entregados al penoso laboreo de las minas. No repararía en sacrificios con tal de mejorar espiritual y materialmente la suerte de aquellos niños y de ponerlos en condiciones de abrirse camino en la vida.

Y después de muchos años así pasados sembrando el bien por doquiera, en un lívido amanecer otoñal derramaría por Dios la sangre a manos de gente impía, para mejor parecerse al Divino Mártir del Calvario.

Todo esto hubiera podido anunciar a doña María un emisario del Cielo. Todo esto se cumpliría en aquel pequeñuelo rollizo, de ojos graciosos...

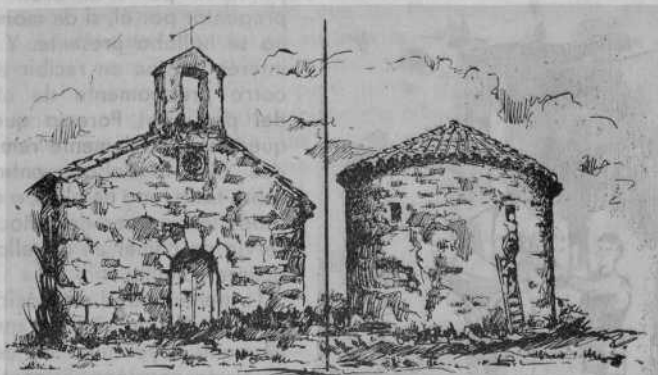


Iglesia parroquial de Camallera

EL MEJOR AMIGUITO

PLÁCIDO había nacido en un hogar profundamente cristiano. En tal ambiente, fácil le fué aprender la práctica de la virtud. Sus compañeros de infancia testimonian que en él se reflejaba con particular viveza la piedad de su buena madre.

El padre pasó a mejor vida cuando el niño contaba cinco años; y desde entonces fueron mayores aún los desvelos de doña María para



Fachada principal y ábside de la ermita de San Sebastián
(Nótese, a la derecha, la escena contada en el texto.)

educar a sus hijos. Plácido era la docilidad misma. Cualquier indicación de su virtuosa madre servíale de norma de conducta.

¡Cuánto le querían los demás niños! Le veían bondadoso, afable, sencillo, complaciente, amigo de vivir en paz con todos. Era, además, de rostro agraciado, que provocaba natural simpatía.

A los compañeros mayorcitos que él, solía pedirles un favor: que le aupasen hasta uno de los tragaluces que en su parte posterior lleva la ermita de San Sebastián, situada a pocos pasos del domicilio Fábrega Juliá. Era de ver la devota actitud del niño cuando, logrado su intento, podía contemplar el cuerpo del glorioso mártir acribillado de saetas. ¿Qué le diría entonces al Santo el futuro mártir de Barruelo?

CORAZÓN DE ORO

YA desde muy niño floreció en el alma de Plácido la compasión hacia los infortunados. Cada vez que veía llegar a su puerta a un mendigo, corría en busca de limosna y se la entregaba con cariñoso ademán.

Tan prendados de la actitud del niño quedaban los pobres, que,

cuando repetían la visita, sus primeras palabras eran para preguntar por él, si de momento no se hallaba presente. Y iqué interés ponían en recibir el socorro precisamente de manos del pequeño! Parecía que así quedaban doblemente remedidos. Bien lo daba a entender, sobre todo, uno de ellos, a quien todos los viernes del año se le servía de comer en aquella edificante familia.



Practicando una obra de misericordia

La generosidad de Plácido no conocía límites. Tanto, que un hermano suyo hubo de decirle en cierta ocasión: «Si continúas tratando así a los pobres, va a llegar día en que tendremos todos que pedir limosna.» «Y ¿qué?—respondió el niño—; ¿no recuerdas lo que nos dijo el señor cura el domingo en la doctrina? Si eso ocurriera,

Dios haría que la gente se portara con nosotros como nosotros hubiésemos tratado a los demás.»

Y continuaba dando con largueza. Diríase que su alma noble se veía lacerada ya por el pavoroso problema social que, años adelante, se le presentaría en toda su crudeza, y a cuya solución procuraría él contribuir con cuantos medios la Providencia le deparase.

“YO SERÉ HERMANO MARISTA”

IBA pasando el tiempo. Plácido tenía ya once años. Un día se presentó en Camallera un religioso de venerable y atrayente aspecto. Era el H. Hilario José, marista, de grata memoria.

Plácido quedó sorprendido al verle llegar a su propia casa. «¿Qué querrá este señor?», decía para sus adentros.

Pocas palabras bastaron al visitante para conquistarse el corazón del niño. Éste le oyó hablar del apostolado de la educación y quedó prendado del género de vida que un Hermano observa. «Yo seré Hermano Marista», repetía en su interior.

Mas, en aquella ocasión, el propósito del religioso era examinar a Juanito, hermano de Plácido, pero mayor que él, y ver si reunía las condiciones exigidas a todo aspirante a miembro del Instituto Marista.

Y como consecuencia de las conversaciones que el Hermano sostuvo con la madre y con Juanito, llegó un día en que éste se despidió de los suyos para seguir el llamamiento de Dios.

Plácido se puso triste. «A mi hermano—pensaba—le dejan ir a estudiar para marista, y a mí no; ¿por qué será?»

Fácil era contestar a esta pregunta. Por una parte, parecía a doña María que su hijo era demasiado niño entonces; y por otra, no desechaba ella la idea de encaminarle al sacerdocio. Si este propósito cuajaba, el hijo sería el mejor apoyo para la ancianidad de la madre.

Pero el niño no mudaba de idea.

La madre ofreció a Dios el sacrificio de sus personales aspiraciones, y, llegado el momento oportuno, dió gustosa a Plácido el consentimiento para ingresar en el Seminario Menor o Juniorado de San Andrés de Palomar, en Barcelona. Era el mes de marzo de 1901.



Plácido lee con fruición las cartas de su hermano Juanito y se pregunta: “¿Cuándo iré yo con él?”

EN EL JARDÍN DE LA VIRGEN

PLÁCIDO vió el cielo abierto con su llegada al Juniorado. Se consideraba el muchacho más feliz de todos. Nada le costó hacerse al nuevo género de vida.

Sin tardanza formuló el propósito de trabajar arduamente en la adquisición de las cualidades necesarias al Hermano Marista. Y ¡qué progresos tan rápidos los suyos! Así lo atestiguan quienes entonces fueron sus condiscípulos.

En los Juniorados de los Hermanos Maristas es costumbre asignar a todo jovencito recién llegado un compañero que le cuide y le ayude con cariño a vencer las primeras dificultades. Sólo se confía este cargo



Servicial con todos

a jóvenes avezados ya a las prácticas de la casa y francamente aficionados a la vida que quieren abrazar.

Difícil hubiera sido hallar otro que mejor cumpliera esa misión que Plácido. ¡Con qué fraternal afecto acompañaba a sus encomen-

dados! ¡Cómo los alentaba a proseguir el camino emprendido! ¡Qué vigilancia la suya para evitarles cualquier motivo de pena!

Él, por su parte, aprendió muy presto el arte de ejercitarse en las pequeñas mortificaciones, cosa tan recomendada para entrar con paso firme en el camino de la vida espiritual.

Estos y otros ejemplos de virtud hicieron que los superiores le diesen ciertos empleos de confianza; verbigracia, jefe de mesa en el



Plácido preside el cabildo de monaguillos

comedor, vigilante de paseos y estudios y primer dignatario de la Liga del Sagrado Corazón, formada por lo más selecto del Juniorado.

Cumplió a las mil maravillas cada uno de estos cargos. En el comedor, sus compañeros de mesa observaban a menudo que él se privaba del más gustoso manjar o tomaba de él una cantidad muy reducida, en beneficio de los demás.

El hecho siguiente prueba en cuánto aprecio tenían a Plácido los superiores. El Juniorado de Barcelona había sido trasladado a Vich, población de la misma provincia. El señor capellán de la casa de Vich anunció un concurso entre los jóvenes para proveer los cargos de sacristán y de maestro de ceremonias. Plácido resultó de los primeros, pero hubo alguno que le aventajó en lo lucido del examen. Pues bien: atendiendo al conjunto de cualidades que esos cargos requerían, el nombramiento de sacristán recayó en nuestro joven. Ocioso es decir cuán bien desempeñó su empleo.

FERVOROSO NOVICIO

EN 1904 volvió Plácido a Barcelona, en unión de otros condiscípulos, pero esta vez para practicar los ejercicios propios del postulante, que preceden al tiempo de noviciado.

Durante los seis meses que el postulante suele durar, el estudio de las disciplinas propias de ese período alterna con la práctica de diversos trabajos manuales. En ambos aspectos se distinguió Plácido.

Pero lo que más importa es que de día en día progresaba en vida interior. Durante los tiempos libres, y aun en horas de recreo, veíasele a menudo prosternado ante el Santísimo o ante el altar de la Virgen.



Novicio piadoso

Amaneció, por fin, el 8 de setiembre, fiesta de la Natividad de Nuestra Señora. Aquel día recibió con indecible gozo el santo hábito, al que cumplidamente había de honrar durante toda la vida. Y junto con la sotana marista, le fué dado nuevo patrono, cuyo nombre llevaría en adelante: ya no le llamarían Plácido Fábrega, sino Hermano Bernardo. Aprovechó sumamente el tiempo de noviciado.

Un año más tarde, el 8 de setiembre de 1905, emitió los primeros votos anuales. ¡Con cuánta fidelidad iba a observarlos!

Ya dijimos que otro hermano mayor se le había anticipado en su alistamiento en las filas maristas. Hablando cierto día entrambos, dijo el H. Bernardo con encantadora convicción: «Yo he de ir al cielo con la corona de la pureza, como nuestra santa madre nos decía, o con la corona del martirio.»

Mereció del Señor la una y la otra...

EL QUINQUENIO DE PRUEBA

EN el Instituto Marista está prescrito que, antes de ligarse definitivamente a la vida religiosa con votos perpetuos, el aspirante emita votos anuales, renovables durante cinco años. En ese tiempo, y una vez hechos los estudios fundamentales, el joven religioso ha de cumplir en los colegios los empleos que se le asignen. De esa manera, logra experiencia de lo que es la vida marista y queda con entera libertad de retirarse si no se siente con fuerzas para abrazarse irrevocablemente con la Cruz de Jesucristo mediante la profesión perpetua.

Uno de los empleos a que durante ese período de probación solían ser destinados antaño los Hermanos jóvenes, era el de cocinero. Se ejercitaba ese oficio en comunidades de reducido número de miembros. El Colegio de Torelló, en Cataluña, fué el primero en recibir en su seno al H. Bernardo, precisamente en calidad de cocinero y de encargado del orden y limpieza. Durante un año cumplió ese cometido, y puso en ello toda la buena voluntad de que estaba siempre animado.

Posteriormente se le confió una clase de enseñanza primaria en Valdepeñas, y después en Calatayud.

Las expresadas poblaciones y las de Igualada, Valencia, Barcelona, Vallejo de Orbó y Barruelo marcan en conjunto el recorrido profesional del H. Bernardo. Y en todas ellas obtuvo el pleno éxito que su capacidad, su carácter feliz, su laboriosidad y su acrisolada virtud merecían. Cuantos Hermanos vivieron en su compañía están unánimes en afirmarlo.



Enseñando el cartel

CON CRISTO HASTA LA MUERTE

CONCLUIDOS los cinco años de prueba, el H. Bernardo fué admitido por los superiores, juntamente con otros Hermanos de su promoción, a la emisión de los votos perpetuos.

Este acto transcendental de la vida religiosa va precedido, en la Congregación Marista, de los ejercicios completos de San Ignacio, que duran un mes. Al H. Bernardo le correspondió practicar ese mes de retiro en Manresa, la ciudad que fué cuna de los ejercicios ignacianos.

Para él, tan dado a la vida interior, fueron días de total dedicación al trabajo de su perfeccionamiento espiritual. Se trataba de elegir la senda más conducente al servicio de Dios y a la salvación eterna, y el H. Bernardo no escatimó esfuerzos para que la elección fuese acertada.

Es costumbre hacer confesión general una vez terminada la primera semana de ejercicios. En un cuaderno de notas íntimas escribió el santo Hermano estas palabras: «Hoy, día 7 de agosto de 1910, por la gracia de Dios y la protección de María, he hecho, a las diez de la mañana, confesión general de toda mi vida, como la haría si ahora tuviese que morir. A Dios sea toda la gloria.»

Esa noticia, escrita con gruesos caracteres, denota la importancia que concedía el siervo de Dios al acto que acababa de realizar y las felices disposiciones que le animaban.

De esa misma época, y fechadas a 17 de agosto, son estas frases: «Hoy he reconocido que realmente es Dios quien me ha llamado a la vocación marista. De consiguiente, desde esta fecha en adelante consideraré como una tentación del demonio cualquier pensamiento contra ella; y si éste se repitiese, lo declararé al superior.»

Y al explicar a continuación un severo plan de vida, determina que, en caso de reincidir en alguna infracción, se dará tantos o cuantos «pellizcos fuertes». Esta sanción era el preludio de los cilicios y disciplinas que después de su muerte se le encontraron.

Llegó, por fin, el día 30 de agosto, y aquella alma generosa y cándida hizo la profesión perpetua y se consagró al Señor para siempre.

Con el H. Bernardo juraron a Dios eterna fidelidad otros diecinueve Hermanos, dos de los cuales habían de ser inmolados en la persecución de 1936.

«No permita el Señor—dijo por vez primera, al serle impuesto el santo crucifijo—que me gloríe sino en la Cruz de mi Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo.»

EL SECRETO

DE dónde sacaba fuerzas el H. Bernardo para esa constante labor de perfeccionamiento propio, tal como lo hemos visto en las anteriores páginas y seguiremos viéndolo en las siguientes? ¿A qué se debe, en último término, el éxito de su apostolado?

Sólo cabe dar una respuesta: El secreto radica en su estado de unión con Dios. Tenía muy presente que la santificación de las almas es obra de la gracia divina. Y como el medio más ordinario de obtener la gracia es la oración, a este ejercicio se entregaba asiduamente el virtuoso Hermano.

«La oración es el punto capital y el termómetro del religioso», acostumbraba decir. Y agregaba: «Con la oración nos han de venir todos los bienes, y sólo con ella acertaremos en nuestro apostolado.»

«Sucedió a veces—cuenta uno de sus colaboradores de los últimos años—que alguien había llamado la atención en la iglesia. Cada vez que, en tales casos, preguntábamos al H. Bernardo su opinión, contestaba que no había reparado en el incidente. Y teníamos la convicción de que así era. ¡Tan absorto estaba en la oración!»

«Cuando salía de casa—prosigue el mismo declarante—era por necesidad; y solía reservar para ello la tarde de asueto de los jueves, en lugar de escoger los domingos, para más seguridad de no encontrarse con gente. Pero como en tales días tenía tanto o más trabajo que en los otros, pues le esperaba un montón de cuadernos que corregir y puntuar, para mejor aprovechar el tiempo rezábamos los dos por el camino. Y allí, en el campo, donde es tan fácil dar mayor libertad a los sentidos, especialmente a la vista, pude admirar más



Santificando el paseo

su piedad, que se manifestaba en aquel andar grave, en aquellos ojos ligeramente cerrados y en aquel tono de voz tan sostenido y devoto como el que observaba ante la imagen de la Purísima que preside la sala de rezos y de estudio de los profesores.»



El altarcito del mes de mayo

gación de la práctica de los Primeros Viernes, las solemnísimas entronizaciones del Corazón Deífico y los ardores de apóstol en que se abrasaba cuando hablaba del Salvador a su juvenil auditorio.

Recordemos un hecho interesante. Estando el H. Bernardo ejerciendo en Barcelona, organizó, con fines misionales, una rifa de una escultura del Señor que presentaba regia actitud. Vendió billetes en todos los colegios maristas de la gran ciudad catalana y remitió algunos, como obsequio, a su hermano Juan—en religión, H. Andrés—, director entonces de la Escuela de Vallejo de Orbó. Uno de estos últimos resultó el de la suerte. La fortuna favoreció así a los necesitados, y la magnífica escultura llegó, facturada, al coto carbonífero. Colocada en lugar honroso, esperó la visita de su amante siervo, que, nombrado poco después director de dicha Escuela, exaltó a la augusta imagen a la presidencia efectiva de su casa y aula; donde los mayores, y frecuentemente todos los alumnos, escuchaban la cálida palabra del apóstol.

Si, estando en recreo con los alumnos después de clase, le llamaba la campana para rezar el Oficio Parvo de la Santísima Virgen, despedíalos diciendo: «Adiós, niños; me voy a rezar por vosotros.»

Dos ejercicios parecían solicitar de especial manera su atención: la meditación y el examen. Preparaba sus laboriosas jornadas con la santa meditación y se pedía rigurosamente cuentas en el examen cotidiano, llevado con persistencia ejemplar.

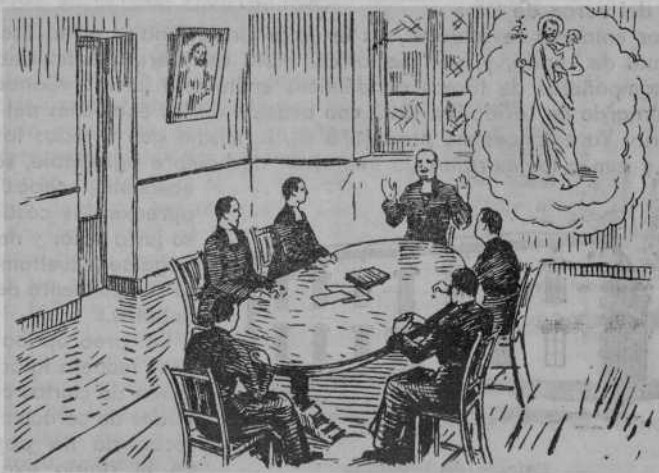
Las devociones que más excitaban su fervor eran tres: la del Corazón de Jesús, la de la Virgen Nuestra Señora y la del Patriarca San José.

Entre otras mil manifestaciones de su entrañable amor a Jesucristo, citemos la propa-

En lo que respecta al culto y a la devoción a la Reina del Cielo, ambos corrían en él parejas, como buen marista, con los que rendía al Corazón de Jesús. En el ejercicio del Mes de las Flores, él era invariablemente director de preces. Los ejemplos solía contarlos en vez de leerlos, para evitar la monotonía.

Estando en Barcelona, gustábale mucho ir a rezar ante la Virgen de la Merced en su propia basílica. Cuando, en días de vacación, iba hacia el puerto, no dejaba nunca de visitar ese célebre santuario.

Otra visita que hacía a menudo mientras estuvo en la ciudad condal, era la de San José de la Montaña. Tenía muy arraigado el amor hacia el excelso Padre adoptivo de Jesús. Durante el retiro preparatorio a la profesión perpetua, le tomó por patrono especialísimo. Para



Le llamaremos "Colegio San José"...

entonces había recibido ya del Santo grandes favores, según consigna en sus apuntes personales.

Al fundarse el Colegio barcelonés de la calle de Aragón, en cuyo asunto intervino tan directamente el H. Bernardo, se barajaron distintos nombres para bautizar a dicho centro. Pues bien: prevaleció la propuesta del varón de Dios, y fué aquél denominado «Colegio San José».

¿Cómo un hombre tan piadoso no iba a irradiar por doquiera piedad?

VENCEDOR DE SÍ MISMO

Si diligente había sido el H. Bernardo en el cumplimiento de sus obligaciones religiosas y profesionales hasta el momento de su perpetua consagración a Dios, este acto fué nuevo acicate para proseguir con creciente ardor la marcha emprendida.

Al Colegio de Igualada tocó ser el primer testigo de esta fase de la vida del varón de Dios.

Por entonces revalidó él sus estudios profesionales en la Escuela Normal de Lérida, y, por cierto, con nota de sobresaliente. Uno de sus compañeros de tareas académicas emite este juicio: «Conocí al H. Bernardo en Lérida, en 1912, con ocasión de los exámenes del Magisterio. Ya entonces me produjo a mí, lo mismo que a todos los de casa y aun a los extraños, la impresión de hombre agradable, serio,

ecuánime, capaz de apreciar las cosas en su justo valor y de entregarse resueltamente al cumplimiento de sus deberes.»

Le preocupaba en gran manera la adquisición de ciertas cualidades de carácter que reconocía no poseer. En el rígido examen cotidiano a que se so-



Colegio de Igualada

metía, comprobaba que adolecía de cierta vehemencia en sus relaciones con los alumnos y aun con los Hermanos. Determinó corregirse, y se imponía penitencias cada vez que se sentía culpable.

Su celo era quizá todavía algo indiscreto. Exigía, con empeño un tanto inmoderado, que todos fuesen lo que en su entusiasmo apostólico se imaginaba que debían ser. En ese mismo escollo había tropezado el gran San Bernardo, su glorioso patrono, en sus primeros años de gobierno. Nuestro Hermano buscaba en sus superiores orientación segura sobre el particular, y a fe que Dios recompensó su esfuerzo; precisamente su benevolencia y su exquisito don de gentes con Hermanos, alumnos y familias resultaron proverbiales.

En el ministerio de la enseñanza no escasean las ocasiones de

ejercitarse en la virtud de la mansedumbre. Las pruebas llegan en el momento menos pensado. Durante la permanencia del siervo de Dios en Igalada, se le presentó una de ellas, y no de escasa monta. La registra él en sus apuntes particulares, con estas palabras: «Hoy, día 10 de julio de 1913, hago constar que San José me ha ayudado a salir airoso de un negocio de terribles consecuencias. Se trataba de la presunta pérdida de un niño durante el paseo. Su familia me insulta en medio de la Rambla. En el Colegio hay una escena tremenda. Me encomiendo a San José, y... el niño se va tranquilamente desde la casa de su tía, donde estaba, hasta su propio domicilio. La familia pide perdón...»

Y el virtuoso Hermano—añadimos nosotros—consigue un triunfo, y no pequeño, al mantenerse en inmutable serenidad y mansedumbre en aquella circunstancia.

Esta otra anécdota sucedió en Barruelo. Cierta familia, de antecedentes poco limpios y sin duda conocidos por el Hermano, juzgó necesario proveerse de una importante recomendación para conseguir la admisión de su hijo en la Escuela. Estaba de sobra ese recurso. El siervo de Dios abrió al muchacho las puertas de su aula, aunque abarrotada ya de alumnos. A los pocos días, faltó a clase. El H. Bernardo, siguiendo la norma tradicional en los colegios maristas, envió un aviso a la familia, interesándose por el muchacho. La contestación que recibió estaba muy a tono con el desdichado ambiente social de aquellos días: «Ha estado donde a usted nada le importa, tío carca.»

Nuestro santo hombre, que sabía aprovechar las ocasiones de sufrir, aguantó la grosería y continuó su labor docente respecto al niño como si no hubiese ocurrido nada. Este prudente silencio, revelador de extraordinaria grandeza de alma, hizo reflexionar a la familia, la cual, avergonzada del proceder observado, se presentó en la Escuela dos días después para demandar perdón y dar las convenientes explicaciones sobre la ausencia del niño.

En la montuosa región de Barruelo el invierno resulta crudísimo. Una de las muchas veces que desde Vallejo—situado a tres kilómetros de aquella población—fué el H. Bernardo a Barruelo para confesarse y ver a los Hermanos, tuvo la desgracia de caer en un hoyo fangoso y quedó hecho una lástima. Era en la estación invernal. Y agrega el



“Ya nos perdonará, Hermano...”

siervo de Dios en sus apuntes particulares: «Me quito la sotana y me la lavo en el río, lo mismo que el calzado. La mano se me queda helada. Llego a Barruelo con la sotana blanca por congelación. Me confieso y me vuelvo sin ver a los Hermanos.»

Y ¿por qué ese retorno a Vallejo de Orbó sin procurarse el alivio que indudablemente necesitaba? Nadie nos lo dice directamente, pero sí en forma indirecta, cuando los que han convivido con él aseguran que, a pesar de sus frecuentes salidas para visitar enfermos—domiciliados a veces a grandes distancias—o para otros fines de piedad o caridad, nunca dejaba de estar de vuelta a la hora de los actos de comunidad o de entrada en clase.

Para mejor asegurar el cumplimiento de sus buenos propósitos, se tenía señaladas duras penitencias en caso de infracción. En sus notas de retiro del año 1922 leemos: «Si faltó a la primera resolución—se refiere a la piedad—, media mañana de cilicio.»

Así se explica que cuando, catorce años más tarde y en pleno ataque nocturno de los enemigos, abandone el lecho para salvarse, deje descuidados, a causa de la oscuridad y del azoramiento propio del caso, las disciplinas y el cilicio que tan familiares le eran.

Además de los tres votos religiosos tradicionales, hay en la Congregación Marista otro de carácter voluntario: el de estabilidad. Es un compromiso por el que, llegado el momento, el religioso ha de adoptar actitudes heroicas. El H. Bernardo no titubeó en someterse en 1930 a esta nueva carga, para mejor servir a Dios y a su Instituto.

Por este tiempo hizo la promesa de dormir con cilicio y en el duro suelo. Mientras vivió en Vallejo, su cuarto, según confesión propia, tenía aspecto de muerte.

Una de las pruebas que más afligieron al sensible corazón del H. Bernardo fué la muerte de su madre amadísima, en cuyo regazo había aprendido a invocar el santo nombre de Dios. Bien merecía el entrañable cariño de sus hijos aquella santa mujer que, en prueba de amor y veneración hacia los dos que vestían la sotana marista, había dejado escrito en el testamento: «No quiero otra almohada en mi ataúd que las cartas de Juanito y de Plácido.» Deseo éste que fué cumplido al fallecer ella en 1929.



TRABAJADOR INCANSABLE

EL amor de Dios, que tan vigoroso anidaba en el corazón del H. Bernardo, le impulsaba a entregarse generosamente al servicio del prójimo.

Sus discípulos han manifestado que se desvivía por ellos. Verles progresar en todo orden de cosas era la meta a que aspiraba su gran educador.

En Barcelona se le había confiado la clase de ingreso en el bachillerato. Aunque solía estar muy cargada de escolares, gustábale mucho esa clase al siervo de Dios, porque le daba ocasión de influir más ventajosamente en la formación básica de los alumnos. Y era tal la intensidad de trabajo que allí se desplegaba, que invariablemente salían airoso todos ellos en los exámenes oficiales.

Preparaba su labor didáctica con suma diligencia. Tres meses después de su muerte, aún se veía en el encerado de su aula el señalamiento de lecciones y tareas de la primera semana de octubre de 1934, curiosamente dispuesto con tiza de colores.

Pero, aparte del trabajo propiamente escolar, el H. Bernardo se prestaba gustoso a otras labores que exigen asimismo gran dosis de abnegación. Mientras permaneció en la ciudad condal, él cuidaba del personal de servicio, de los alumnos mediopensionistas, y hasta, cuando era menester, de los arreglos de luz y de tuberías de agua, de regar los patios, etc. En general, dondequiera que se necesitase mano activa, podía contarse con la del H. Bernardo.

La visita de alumnos enfermos era otra de las ocupaciones que sobre él solían pesar, y la ejercitaba con una fidelidad que para todos era motivo de edificación.

En su deseo de procurar a los hijos de los mineros el mayor tiempo posible de formación, prolongó la escolaridad hasta los dieciséis años, edad en que ya se permite al joven obrero «bajar a la mina», es decir, dar comienzo al consabido y monótono trabajo.

Durante su estancia en Vallejo de Orbó y en Barruelo, fué tan ardua la labor que se impuso en favor de aquellos humildes niños y jóvenes, que su influencia social en los pueblos de aquella región era incalculable. Bastaba que él organizase algún acto, para que tuviese el apoyo de toda la gente sensata. Los jefes de la Compañía minera le respetaban y querían, porque veían en él un hombre cabal: buen religioso, excelente maestro, un apóstol y todo un carácter.

LA MAYOR ALEGRÍA

NO había para el H. Bernardo satisfacción mayor que la de ocuparse en catequizar a los niños, en darles a conocer nuestra religión santa, en excitarlos a frecuentar los sacramentos; en una palabra, en llevarlos a Jesús.

Si cierto es que ponía sumo empeño en preparar cuidadosamente las clases, la catequesis era, sin duda alguna, objeto de sus preferencias. En un cuaderno de preparación de instrucciones religiosas leemos las siguientes líneas, escritas la antevíspera de su martirio: «J. M. J.—



Le querían como a un padre

Día 4 de octubre de 1934, vigilia del primer viernes.—Me escuchan niños y jóvenes buenos y malos. A todos les digo: Hay Dios. Hay un lugar de tormentos y otro de goces. Un hombre rico malo y un pobre minero bueno no pueden estar allá juntos. Gran medio para salvarse: la comunión del primer viernes. Cómo deben ser la comunión y la confesión; partes esenciales. Que no se confiesen si no quieren enmendarse. San Tarsicio: que los buenos sean valientes como él. Que los malos respeten a los buenos. Ejemplo: familia católica socorrida por una señora protestante.»

Procuraba por todos los medios posibles que los niños practicasen la novena de comuniones de los primeros viernes de mes. El día 5 de octubre de 1934, víspera de la inmolación del héroe, la empezaron 151 escolares, a pesar de que el día anterior los niños del grupo infantil socialista hicieron propaganda en contra y aun fueron hasta la puerta de la iglesia a molestar durante las confesiones.

Y ¿cómo ponderar el trabajo que cada año se imponía el H. Bernardo para preparar debidamente a los niños que habían de hacer la primera comunión? Mientras fué simple súbdito, a él se le solía de-

signar para esta noble tarea. A seiscientos noventa y dos asciende el número de pequeños a quienes dispuso él para tan solemne acto. ¡Cuántos de ellos le precedieron en la patria celestial, y cuántos le seguirán, Dios mediante! Ellos constituirán la gloria accidental más pura y legítima del celoso Hermano.

Él fué quien organizó en el Colegio San José, de Barcelona, los coros de la Santa Infancia, para interesar a los alumnos en el pro-



Formando a los miembros de la Juventud Católica

blema de las misiones; y lo hizo con tanto éxito, que algunos de ellos tenían alistados a todos los miembros de su familia. Posteriormente, estableció también en Vallejo de Orbó esta hermosa obra.

Para más intensificar su apostolado, en Barruelo solía reunir, en el recinto de la escuela, a todos los niños los domingos y días festivos, y los entretenía con juegos, conferencias interesantes y rezos. Algo parecido había hecho en Barcelona, donde, en lugar de tener libre la tarde de los jueves, prefería llevar de paseo a los alumnos, para evitarles malas compañías y apartarlos de todo peligro de ofender a Dios.

Estando en Vallejo de Orbó, vió la necesidad de completar la for-

mación que en la escuela recibían los niños, y, al efecto, creó la Juventud Católica. Ella había de enfrentarse con las organizaciones socialistas, que, raquíticas en un principio, iban a ser más tarde terribles instrumentos de lucha fratricida. Y ¡con qué veneración hablan del H. Bernardo aquellos jóvenes que se beneficiaron de las directrices que él les daba! En los círculos de estudio, que celebraban cada ocho días, eran tratados temas referentes a estas cuatro secciones: Religión, Sociología, Legislación obrera e Información. De aquellas reuniones salían imbuidos del excelso ideal católico y dispuestos a defenderlo



El H. Bernardo combate la ignorancia religiosa del pueblo

a toda costa. Tenían además una comunión mensual reglamentaria.

Aun llegó más lejos. Primero en Vallejo de Orbó y después en Barruelo, emprendió atrevidas campañas para combatir la ignorancia religiosa de los adultos. En Barruelo anunció unas conferencias populares apologéticas. A ellas acudieron los amigos del apostolado católico y los enemigos: éstos, con ánimo de interrumpir, como lo hicieron. Pero el H. Bernardo no se arredró, y, con hábil dialéctica, llegó a trocar a muchos de sus adversarios. Los más empedernidos le dirigieron un escrito infame, hecho con lápiz en papel chillonamente rojo. Ello le dió ocasión para ofrecer al Señor un sacrificio más, él, que tan convencido estaba de que no puede ser fecunda la actividad del apóstol si no va unida al sufrimiento.

PADRE DE LOS POBRES

HEMOS visto que, desde pequeño, sentía el H. Bernardo un cristiano placer dando limosna. Cuando fué religioso, continuó practicando esa obra de misericordia, con permiso de los superiores.

Informado de las necesidades que aquejaban a los niños de la zona minera de Barruelo y Vallejo de Orbó, ya estando él en Bar-



“Vimos a dos pobrecillos huérfanos...”

celona empezó a recoger prendas de vestir, que remitía a las escuelas de dichas poblaciones, para que los respectivos Hermanos Directores hiciesen la conveniente distribución.

Quizá esa predilección hacia los pobres hijos de los mineros fuese parte para que los superiores le destinasen a Vallejo, primeramente, y después, a Barruelo.

Si es cierto que toda su vida mostró el H. Bernardo amor entrañable a la juventud que educaba, en esas dos poblaciones la quería con delirio, precisamente porque aquellos mineritos carecían de las facilidades que los hijos de la clase acomodada tienen para su educación e instrucción.

Cada año escribía a sus amistades de Madrid, Barcelona y otros lugares para suplicar el envío de prendas de vestir con las que favorecer a los niños más necesitados. En carta fechada en noviembre de 1932, decíale al Hermano Director del Colegio de Madrid lo siguiente: «Muy Rvdo. Hno. Director: Con gran satisfacción me entero, por la carta de uno de sus subordinados, que ustedes han recogido ropa destinada a los pobres. No pueden figurarse cuán agradecido les quedo por tanta bondad. En estos tiempos, en estas circunstancias y en este pueblo, no saben el valor que representa poder decir a estos buenos niños, algunos medio desnudos y muertos de hambre: **Aquí tenéis esta ropa que os mandan los niños ricos de Madrid, alumnos de los Hermanos.** Le prometo, apreciado Hermano Director, que todos los que salgan favorecidos harán en grupo una fervorosa comunión por sus bienhechores y por las necesidades de ese Colegio.

A los dos meses, en enero de 1933, escribe de nuevo al mismo Hermano Director para agradecer el envío de ropa, y cuenta un hecho de honda emoción: «Van con las presentes líneas—dice—un cordialísimo saludo y mil millones de gracias por el magnífico envío de ropa, que ya está prestando buen servicio a estos niños pobres. Ellos han cumplido con escrupulosidad todo cuanto le indiqué en mi anterior. Hace pocos días, al venir de misa, a las seis y media, vimos a dos niños acurrucados a la puerta de la iglesia: eran dos pobrecillos huérfanos, medio desnudos y muertos de frío. Les hicimos entrar y los vestimos de pies a cabeza; digo mal: ustedes los vistieron con la ropa que nos mandaron. Ya ve, pues, apreciado Hermano Director, qué bien tan efectivo están haciendo con su caridad. Dios se lo pague.»

Tratándose de aliviar al menesteroso, no reparaba en molestias ni en dificultades ni en ideologías. Una vez, estando sentado a la mesa el día de su santo, y acompañado de sus Hermanos y de los de Vallejo de Orbó, que habían sido convidados, le avisaron que estaba a la puerta un joven marxista mal vestido y pidiendo limosna por no tener trabajo. En el acto se levantó de la mesa, bajó a cerciorarse del caso, y al observar la andrajosa indumentaria del infeliz, proveyóle rápidamente de traje, le entregó un par de alpargatas y le hizo comer. Cuando le vió satisfecho, despidióle afablemente y continuó con la comunidad, más dichoso con la obra de misericordia que acababa de hacer que con todo el agasajo que se le tributaba en aquel día de su fiesta.

Por cartas que después de su martirio hemos leído, dirigidas a

su Hermano Provincial, en las que solicita determinados permisos para hacer limosnas de alguna consideración, y por las contestaciones recibidas, deducimos que en todos estos actos generosos sabía dejar a salvo las obligaciones que le imponía el voto de pobreza.

Cierto día se encontró con una pobre anciana, tan mísera, que llevaba las sayas hechas un harapo. Al instante se quitó el guardapolvo que llevaba puesto y se lo dió a la mendiga para que se remediase.

Sucedía con frecuencia que, en días de lluvia o de intensa humedad, algunos niños se disponían a ir a casa, muy distanciada a veces de la escuela, sin otro calzado que unas pobres alpargatas. El H. Bernardo los retenía, comprábales abarcas o madreñas y se las regalaba. Se adivina la emocionada gratitud de los familiares en semejantes casos.

Otras veces, en días de intenso frío, llamaba a los más desabrigados, les entregaba mantas con que arroparse bien antes de salir, y con ellas se quedaban.



Dióle comida, vestido y calzado



CON LOS ENFERMOS

OTRO de los motivos de solicitud del virtuoso Hermano eran los enfermos. Como ya se dijo al hablar de su permanencia en Barcelona, ponía extraordinaria diligencia en la práctica de esta obra de misericordia. Citaremos algunos casos, entre muchos.

Estando en Vallejo de Orbó, supo en cierta ocasión que uno de sus discípulos se hallaba enfermo en Matabuena. Para llegar a este pueblo había que recorrer largo camino y salvar pesadas cuestas. El H. Bernardo se puso inmediatamente



Entonces le desaparecía el dolor...

Encontró muy grave al doliente. Le aplicó un remedio que llevaba preparado y, después de consolar a la familia, se dirigió apresuradamente a Barruelo para suplicar al médico que acudiese en seguida. Y luego, se encaminó con toda celeridad a Vallejo, de donde había salido, para proseguir el trabajo escolar. Había recorrido quince kilómetros.

Enfermó de meningitis uno de los niños. Sufría terribles convulsiones, y ni veía ni oía, ni podía nadie hacerle tomar medicina alguna. ¡Cosa singular!: apenas entró el H. Bernardo, recobró el niño una perfecta calma y cumplió al instante cuantas indicaciones le hizo. El hecho se repetía cada vez que llegaba el Hermano.

Terminemos con otra interesante anécdota. Habiendo enfermado de reuma del corazón uno de los Hermanos, y sufriendo agudos dolores en dicho órgano vital, manifestaba el paciente que cuantas veces le ponía el H. Bernardo la mano sobre el corazón, desaparecía toda molestia.

EL BUSCADOR DE OBREROS EVANGÉLICOS

EL H. Bernardo tenía fijas en la mente estas palabras de Jesucristo: «La mies es verdaderamente mucha, mas los obreros, pocos. Rogad, pues, al dueño de la mies, que envíe a su mies operarios.»

Pero no se contentaba con rogar. Por docenas se cuentan los alumnos en quienes él despertó la vocación sacerdotal o religiosa.

Por lo que al Instituto Marista se refiere, el celo del varón de Dios se mostraba sumamente ingenioso para buscar buenos y numerosos aspirantes a educadores de la juventud, a quienes luego encaminaba al Juniorado de Arceniega (Álava). En los nueve años de su difícil directorado en Vallejo de Orbó y Barruelo, nunca dejó de enviar los mejores alumnos de la Escuela.

Uno de sus discípulos se expresa de este modo: «Cierta día cometí una falta, y como penitencia me impuso el escribir un corto número de líneas. Terminadas éstas, fui a presentárselas. Después de revisarlas, me dijo: **Vamos, con tan hermosa letra, ¿y quieres meterte el día de mañana en la mina? ¿No estarías mejor siendo, como yo, religioso?** Así comenzó mi vocación.»

Es de advertir que si alguno de los aspirantes seleccionados topaba con la escasez de medios económicos, el Hermano Bernardo cargaba gustoso con una buena parte de la cuota. Para ello, además de las horas de clase reglamentarias, daba otras retribuidas en metálico, y con estos fondos saldaba el caritativo compromiso. ¿No había de bendecir el Señor tales esfuerzos? ¿No había de premiar trabajos tan heroicos?



Preparando a futuros maristas

ENTRE SUS HERMANOS

LA exquisitez de trato que el H. Bernardo observaba con sus alumnos y con las personas en general, era como un reflejo de la que dedicaba a sus Hermanos en religión. Su amor hacia ellos era verdaderamente fraternal. Dispuesto estaba siempre a prestarles servicio.

Con los Hermanos más jóvenes, es decir, con los que principiaban la vida de profesorado, se comportaba con suma delicadeza. Veamos un ejemplo, entre mil, contado por el mismo que fué objeto de la cariñosa solicitud del siervo de Dios.

«Había pasado yo—escribe—un año largo en uno de nuestros grandes colegios de enseñanza media. Caí enfermo, y me recomendaron reposo en Avellanas (Lérida). Al cabo de un mes, el R. H. Floriberto, de santa memoria, Provincial en aquella época, me llamó a Barcelona y me dió **obediencia** para Igualada. Al despedirme, sólo me hizo esta recomendación: **Procure ir siempre con el H. Bernardo.**

»Como es natural, en el trayecto iba pensando en mi nueva residencia. Y como sobre ella no me habían dado referencia alguna, me la imaginaba dotada de abundante personal y con una organización parecida a la del colegio en donde había yo empezado, año y medio antes, mi apostolado educativo.

»Llegué hacia el mediodía, Vi a un Hermano que acompañaba una fila de niños. El Hermano Director me recibió con mucha afabilidad. Al oírse el toque reglamentario que marca la hora de comer, se me acercó bondadoso un tercero y, saludándome atentamente, me dijo: —¿Ha visto usted ya a los Hermanos? —Algunos he visto—contesté.

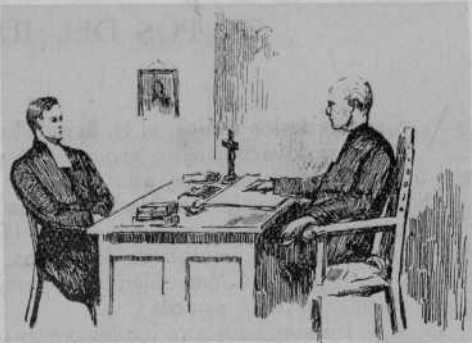
»Mientras nos dirigíamos al refectorio, pensaba en mis adentros quién podría ser el H. Bernardo.

»Llegamos al comedor, y me encontré con una reducida habitación, ocupada por cuatro Hermanos. Por aquel entonces no contaba con más aquel colegio. ¡Enorme desilusión! El consejo del Hermano Provincial, de que fuera siempre con el H. Bernardo, me hacía suponer la presencia de muchos otros, cuyo trato y conversación no fueran quizá en todo momento apropiados para mí, dadas mi edad y condiciones de principiante.

»Pronto tuve ocasión de saber quién era el H. Bernardo: el mismo que, a mi llegada, me había saludado con tanto afecto.

»La sola recomendación: **Procure ir siempre con el H. Bernardo, revela el alto aprecio en que el malogrado Superior Provincial tenía al**

buen Hermano. Es como si me hubiera dicho: Podría aconsejarle a usted que sea piadoso, abnegado, regular, celoso, santo, en una palabra; pero todo esto ya va incluido en el mero hecho de proponerle la compañía del virtuoso H. Bernardo, pues él será para usted modelo de piedad, ejemplo de celo, índice de regularidad, copia y compendio de todas las virtudes religiosas y maristas. Y yendo frecuentemente con él, a buen seguro que ni sus ojos verán ni oirán sus oídos cosa que sea menos correcta y digna. En él encontrará usted un guía, un amigo, un hermano,



“Procure ir siempre con el H. Bernardo”

un padre, un verdadero ángel tutelar. Y, en efecto, eso fué para mí el recordado H. Bernardo en el tiempo que tuve la suerte de vivir en su compañía.»

En los últimos meses de su vida, y con ocasión de un día de campo que, según tradición, celebraban juntas las dos comunidades de Barruelo y Vallejo de Orbó, sucedió el hecho siguiente: Al comenzar la ascensión de la sierra de Brañosa, uno de los Hermanos de más edad dió un mal paso y quedó casi imposibilitado para continuar subiendo. En el momento, nadie concedió importancia al pequeño incidente, ni se dió cuenta de la dificultad que el herido tenía para andar, y menos lo advirtieron los jóvenes, que iban a la cabeza del grupo. Ni el mismo santo Director—que, por otra parte, era excelente alpinista, aunque sus sudores le costaba, por su gruesa contextura—se percató de ello.

Cuando estaban ya en la cumbre, hacen el recuento, y ven que falta un expedicionario: el herido. Divisanle, por fin, allá a lo lejos, y notan el apuro en que se ve para proseguir la ascensión. Al instante emprende la bajada el H. Bernardo, sin dar lugar a que los demás le imiten. Llega hasta el lesionado, ofrécele el brazo como ayuda, y sigue de nuevo montaña arriba hasta encontrar al grupo general. Eran las cuatro de la tarde, hora bastante tardía para el almuerzo... Pero el Hermano Bernardo, tan sonriente.

Para él, estos actos de caritativa abnegación eran como naturales, a fuerza de repetirlos.

EN POS DEL IDEAL

A ejemplo de los santos, el H. Bernardo tenía muy bajo concepto de su aprovechamiento espiritual. Su humildad le hacía creer que trabajaba poco para agradar al Señor y procurar la divina gloria. En sus notas particulares se leen estas líneas: «¡Qué lejos estoy de la perfección que Dios exige de mí! ¡Tantas gracias como Dios me ha concedido! ¡Comulgando todos los días, y tan tibio! ¡A qué abismo he llegado! ¡Cuánto bien haría a mis Hermanos en religión y a mis alumnos si fuera santo!»

Durante los ejercicios espirituales practicados en Avellanias en 1923, escribe: «Al echar una mirada atrás desde estas soledades y en la quietud del retiro, se me cae el alma de pena al ver mi poco adelanto en la virtud. ¿Con qué cara me presentaré ante el tribunal de Dios? ¿Qué debo pensar de mis confesiones, siendo tan poca la enmienda? ¿Qué bien puedo hacer entre los alumnos, si no tengo ni hago lo que les predico?»

Lo que todos veían en él: su ejemplaridad, sus éxitos, el gran bien que hacía en derredor suyo, él lo ignoraba. En opinión suya, su tibieza, su infidelidad en el servicio de Dios, eran tales, que no veía posibilidad de que su actuación pudiera traer algún provecho a las almas. No es, pues, de extrañar que en las vacaciones de 1924 pidiera autorización para practicar nuevamente, como lo hizo, los ejercicios completos de San Ignacio.

Sabido es que dichos ejercicios duran cuatro semanas. Ya se advirtió que, siempre que sea posible, todo Hermano marista debe hacerlos antes de la profesión perpetua. Pero, en algunas tandas, se ve a Hermanos entrados ya en años sumarse a los ejercitantes en ese mes de retiro, para reavivar su propia vida espiritual. Eso intentaba, en su humildad, el H. Bernardo.

En el decurso de su último retiro, practicado en Burgos en 1934, escribió estas frases, que resumen el juicio que de sí formaba: «No puedo consignar ningún progreso en la perfección. Siempre los mismos defectos e infracciones. Me falta unión con Dios, espíritu de oración y de mortificación. ¡Cuánto bien haría si fuera santo! La muerte se acerca...»

Cercana estaba, sí, la muerte. Sólo faltaba mes y medio para que el H. Bernardo coronase los anhelos de perfección con la palma del martirio, que le llevaría directamente a Dios y le uniría para siempre a Él. Y otra vez se cumpliría que «quien se humilla será ensalzado»...

CORO DE ALABANZAS

RESULTA conmovedor el contraste entre lo que el H. Bernardo pensaba de sí mismo y lo que de él manifiestan cuantos le conocieron.

Transcribiremos en primer lugar el testimonio de dos antiguos alumnos suyos de Igualada. Los años pasados en esta ciudad dejaron en el siervo de Dios indeleble recuerdo. Había cobrado a la obra marista igualadina un cariño extraordinario. Datos reveladores de ello son: un relato circunstanciado de la muerte de cierto alumno suyo, el primero de los que fueron ayudados por él en sus últimos momentos; la copiosa y edificante correspondencia con los igualadinos, niños y mayores; etc.

Dice, pues, uno de sus antiguos discípulos:

«Tengo muy presente en la memoria y muy adentro en el corazón al que fué en vida H. Bernardo. Le recuerdo muy al vivo desde la época en que tenía yo ocho años. Precisamente fué ésa la edad más rica en emociones: la de la primera comunión, que efectué en la iglesia de la Soledad, de Igualada, preparado por los Hermanos Maristas.

»El H. Bernardo era sencillo, simpático, santo. Sencillo en el trato, que nos subyugaba de modo extraordinario y evidenciaba una gran simpatía personal y unas relevantes dotes pedagógicas. Su mirada no era como la de los demás: bastaba ella para señalarnos nuestras obligaciones. Y si alguna vez nos apartábamos del deber, esa mirada era tan insinuante, que comprendíamos la grandeza de aquel corazón ansioso de ayudar a sus alumnos, de hacerlos buenos y de llevarlos a Dios.

»¡Benditas enseñanzas las de ese H. Bernardo! En él todo hablaba de virtud: su actitud, la expresión de su rostro, el conjunto de sus ademanes. Sus actos todos eran los de un santo religioso, los de un ser espiritualizado en grado sumo. Seriedad, sí, pero impregnada de cariño para sus alumnos.

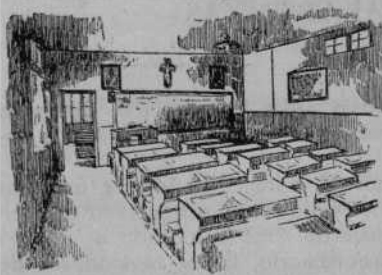
»Repasando en mi mente los nombres de todos los profesores que he tenido en mi vida de estudiante desde mi niñez, no sabría señalar a ninguno de tanta perfección como el H. Bernardo.»

Otro antiguo alumno igualadino, al saber que se introduce la causa de beatificación del H. Bernardo, se expresa en estos términos:

«No sólo estoy dispuesto a declarar en su proceso de beatificación, sino que me considero obligado a ello, porque le admiraba y le

quería con toda mi alma: tengo la convicción de que era un santo.

»Sin pretender anticiparme al fallo de la Iglesia, siempre llevo encima, dentro de mi cartera, un trocito o pedazo de su hábito, que me procuraron en el año 1934 o 35, desde Barruelo, a petición mía. A la protección tan manifiesta que Dios me concede por mediación de su siervo H. Bernardo debo el haberme librado de la persecución religiosa del año 1936, hasta conseguir, después de muchos sufrimientos, salir de la zona roja en enero del 37. Protección igualmente manifiesta recibe en la actualidad mi numerosa familia, que cuenta cinco hijos.



Aula del H. Bernardo en Igualeda

»El solo recuerdo de las virtudes del H. Bernardo me mueve a ser bueno. ¡Cuántas cosas podría decir de él! En el año 1935 di una larga conferencia en el salón de actos de la Federación de Jóvenes Cristianos, titulada **El H. Bernardo, protomártir de la revolución de octubre**. También publiqué en la prensa local algún artículo. Por desgracia, todos los apuntes y cartas leídos en la citada conferencia desaparecieron al ser saqueado mi domicilio y ocupado por los rojos. Además, en ese mismo año 35, en un acto necrológico en el que hice uso de la palabra, fijamos una lápida en la clase que había sido del H. Bernardo.

»Con emoción recuerdo aún hoy los días de la primera comunión. Imposible olvidar el esplendor de esa fiesta y el fervor que consiguió encender en nuestros corazones ese santo Hermano. Era un gran apóstol. Nos hablaba de las misiones, y todos queríamos ser misioneros. Cuando nos recomendaba la devoción a la Virgen, su rostro se iluminaba plácidamente: lo recuerdo como si fuese ayer. ¡Cómo nos inculcó la devoción de las tres Avemarías!... Al llegar el mes de mayo, se practicaban devociones especiales, acompañadas de actos de piedad y mortificación, que todos los alumnos anotábamos: eran el mejor florón que ofrendábamos a la Madre de Dios.

»La entronización del Sagrado Corazón de Jesús en el Colegio, promovida y organizada por el Hermano, fué de gran resonancia en toda la ciudad de Igualeda. Triunfalmente y en carroza llena de flores—en la que iban dos alumnos—paseamos la sagrada imagen.

»La devoción al glorioso Patriarca San José completaba su gran ideal.

»En fin, el H. Bernardo era, sin duda, la auténtica figura del após-

tol: un cáliz lleno de Jesucristo, que dejaba caer un gran sobrante sobre las demás almas.»

Uno de los Hermanos que durante las vacaciones de 1924 practicaron en Burgos los ejercicios completos de San Ignacio, escribe:

«En la sala de reuniones me cupo la suerte de estar junto al Hermano Bernardo. Desde los primeros momentos me juzgué colocado junto a una persona extraordinaria. Las profundas y saludables impresiones recibidas aquellos días transcurridos a su lado, me han quedado grabadas para siempre. ¡Qué gravedad, dignidad y mesura en todas sus acciones!

»Renovaba el H. Bernardo aquel prolongado retiro, no por imposición de alguien ni por necesidad siquiera, sino para unirse más y más con Dios Nuestro Señor. No recuerdo que faltase una sola vez al reglamento, ni en lo más mínimo. En los días de descanso, su porte, siempre atractivo y afable, no se diferenciaba, en la dignidad, del de los días de recogimiento.

»Volví a verle unos diez años más tarde en Bilbao, adonde le llevó un negocio no muy agradable, y difícil de resolver. No salió de sus labios una palabra de queja. La ecuanimidad del justo campeaba en todos sus actos.»

De uno de los subordinados del H. Bernardo es esta declaración, que tan a las claras pinta el espíritu de fidelidad a las Reglas en el siervo de Dios:

«Durante los cuatro años que estuve con él, no le vi diferir un solo día el momento reglamentario de levantarse, ni omitir un ejercicio de piedad, ni gastar cinco céntimos para sí, ni equivocarse una sola vez durante el rezo del Oficio Parvo de la Santísima Virgen, ni dormir jamás en el estudio religioso, tiempo tan propicio a esta debilidad por su duración y por el momento del día en que suele darse cumplimiento a esta prescripción regular.

»Su porte era siempre irreprochable, incluso en el campo y en el monte. Eso no impedía que, a petición de los Hermanos y en momentos de solaz, se prestase a tomar parte en los juegos, hasta cuando los Hermanos jóvenes trataban de organizar un partido de balompié y faltaban jugadores. En este último caso, se le asignaba invariablemente la portería, y es fama que no la defendía mal.

»Tanto amor profesaba al hábito religioso, que, aun en la época en que fué necesario sustituirlo por el traje seglar, solía él, ya al atardecer y cerradas las puertas, revestirse de la sotana marista, especialmente en las festividades de Nuestra Señora.»

De lo mucho que sufrió el día en que, en virtud de órdenes recibidas, hubo de presentarse ante los alumnos sin el santo hábito que tanto apreciaba, da idea esta escueta frase, consignada por el mismo H. Bernardo en el Libro de Anales de la Escuela de Barruelo: **Esté**

mismo día (24 de setiembre de 1933)—dice—el H. Bernardo se viste de paisano, con profundo sentimiento.

Refiriéndose a esa jornada, un antiguo alumno del mártir cuenta esta anécdota: «Después de acompañar y despedir a unos Hermanos que marchaban a ciertos exámenes, me preguntó si podía hacerle el favor de volver con él a la Escuela de Barruelo, donde debía quedar solo hasta el día siguiente, en que marcharía a Burgos. Así lo hice con sumo agrado. Luego de pasar la tarde en su compañía, tan afable y cariñoso él como siempre, me dispuse a salir hacia mi casa; y fué entonces cuando me dijo estas palabras textuales, llenas de agradecimiento: **Me ha ayudado usted a pasar el día más triste de mi vida.** Aludía a la pena de verse vestido de seglar. Aquellas palabras, y sobre todo el aspecto indefinible de su fisonomía al pronunciarlas, han dejado muy honda huella en mi mente.»

Aprovechaba el H. Bernardo ávidamente los sucesos de actualidad para enseñanza de sus discípulos. Uno de los colaboradores del celo apóstol refiere este caso:

«En un pueblo cercano a Barruelo se cometió un crimen horrible. Cierta joven de unos diecisiete años mató a un niño de diez, aplastándole la cabeza con una



El desalmado le quitó la vida...

pedra. El móvil del crimen fué el robo. Llevaba el angelito veinticinco pesetas, que, sin duda, le habían dado en casa para determinados encargos en Barruelo o en otro pueblo vecino. Súpolo el desalmado, y resolvió quitárselas a viva fuerza. En el desigual forcejeo, venció, naturalmente, el mayor, y la codicia hizo perecer a un inocente, verdadero mártir de su deber filial.

»Enterado el H. Bernardo de una acción tan horripilante, sobre todo por haber sido la víctima un niño indefenso, quiso ir al entierro con los alumnos de su sección, a pesar del mal tiempo que hacía.

»Este rasgo fué muy alabado por todo aquel pueblo, y el

clero de aquellos contornos lo comentó muy elogiosamente.»

El siguiente relato se debe a uno de los Hermanos que son antiguos alumnos del siervo de Dios. Dice así:

«Principiaba el curso escolar 1932 a 1933. Con la solemnidad y el aparato que en tales casos sabía desplegar el Hermano Director de Barruelo, tenía anunciada la distribución de premios correspondientes al curso anterior para el día 12 de octubre, fiesta de Nuestra Señora del Pilar y día de la Hispanidad. Debían acudir todos los alumnos.

»La víspera de ese día, un niño de catorce años salió con su borriquito por los alrededores y recorrió las montañas vecinas. Al bajar una de ellas, se espantó el animal y, en su precipitada huida, arrastró largo trecho al pobre niño, cuya cabeza quedó deshecha por el suelo.

»Al otro día nos dirigimos a la Escuela, acariciando ya el premio con tanta avidez esperado. Mas, abiertas las puertas del salón donde había de celebrarse el acto, vimos que un severo crucifijo, colocado entre dos velas, ocupaba el puesto que de costumbre estaba reservado a los premios. ¡Grande expectación! Un profundo silencio invade toda la sala. ¿Qué ocurre?

»No tarda en alzarse, robusta y piadosa, la figura del H. Bernardo, que, con voz enérgica, anuncia que las circunstancias piden la sustitución del acto anunciado, por otro de más honda enseñanza moral y de más provecho personal para cada niño. Nos habla de la trágica muerte del infortunado compañero, de la necesidad de evitar el pecado y de estar siempre dispuestos para morir; de la obediencia y sujeción a los padres, y de otros extremos a que el acontecimiento daba lugar.

»Al terminar su exhortación el Hermano Director, rezamos por el difunto, besamos con gran piedad y recogimiento el crucifijo y nos dirigimos a nuestro domicilio, dando por bien aplazada la distribución de premios, para asociarnos así al luto de la familia doliente.»

Es de advertir que el padre del difunto, hombre descreído y brutal, blasfemaba horriblemente lamentando el caso. Hecho por el Hermano Bernardo lo más oportuno para calmarle y reducirle a senti-



“Recemos por vuestro compañero...”

mientos más resignados, se dirigió con otro de los Hermanos a la tumba del infortunado joven—cuyo entierro había sido civil—y, prostrado de hinojos y con los brazos en cruz, estuvo mucho tiempo en fervorosa oración. El Hermano que le acompañaba hizo otro tanto; pero rendido por el pesado ejercicio y notado esto por el H. Bernardo, éste le hizo sentar mientras él continuó largo rato en la misma actitud, sin denotar desmayo alguno.

De un antiguo compañero del mártir son estas manifestaciones:

«Se podría resumir la vida del H. Bernardo en estas palabras: **celo apostólico.** Celo por la gloria de Dios, celo para propagar la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, celo para infundir la devoción a María Santísima en sus discípulos, celo para que la primera comunión de los niños se hiciera con todo el fervor y pompa posibles; celo para dar a sus alumnos una educación integral y, sobre todo, con sólida base religiosa; celo para la prosperidad de su colegio; celo para el engrandecimiento y buen nombre de la Congregación; celo para reclutar vocaciones; celo para la perseverancia de éstas; celo para cumplir perfectamente la Regla; celo para santificarse y ascender cada día por el camino de la perfección.

»Estando en el Colegio San José de la calle de Aragón, en Barcelona, un día, durante el paseo reglamentario, encontramos a un niño pobre, harapiento, descalzo, apenas con un pantalón para cubrirse; todo hacía entrever que era un gitanito. Al ver que se dirigía a nosotros, el H. Bernardo dijo: —¿Quién sabe si esa pobre criatura tiene noticia de que Dios existe?— Y como el pequeño nos pidiese una estampita o una limosna, el Hermano, antes de entregarle un socorro material, se lo dió espiritual. Le preguntó algo de catecismo. Vió que era casi absoluta su ignorancia sobre Dios y sobre la doctrina cristiana. Todo cuanto sabía de religión se reducía al Padre nuestro y al Avemaría. Tenía, sin embargo, diez años corridos.

»Recuerdo aún como si hubiera pasado ayer esta segunda parte del diálogo:

»—¿Quién te ha enseñado esas oraciones?

»—Mi madre.

»—¿Dónde está tu madre?

»—Se murió.

»—¿Hace tiempo?

»—Tres meses.

»—¿Has rezado mucho por ella?

»Y como el niño no contestase y bajase la cabeza, prosiguió el Hermano:

»—Y ¿dónde estará tu madre ahora?

»—En el camposanto.

»—Su cuerpo, sí; pero ¿y su alma?

»—También.

»—No, amiguito, no. ¿No sabes que el alma no muere con el cuerpo? ¿No sabes que hay un cielo y un purgatorio?

»Durante largo rato le fué enseñando las principales verdades de la fe y le incitó a rezar por su madre.»

El que fué presidente de la Juventud Católica de Orbó, a quien el siervo de Dios distinguió con particular afecto y que hoy atribuye al H. Bernardo la gracia de haber hallado el camino del sacerdocio, cuenta este hecho:

«En cierta ocasión, dos obreros dependientes del economato, socialistas e irreligiosos, debían hacer ejercicios de oposición para ascender. Acudieron al H. Bernardo, en súplica de que les diera clase preparatoria a las oposiciones. Él, que nunca se negó a requerimientos tales, accedió una vez más. Por espacio de unos dos meses, dió a los peticionarios una hora de clase cada día. Al terminar, no quiso recibir estipendio alguno. Había hecho aquello por caridad.»

Uno de los súbditos más jóvenes del H. Bernardo en los últimos años, hace de su santo Hermano Director esta hermosa semblanza:

«Escasas veces salía de paseo sin otra finalidad que pasear; casi siempre iba a visitar a algún niño enfermo, o a otras personas conocidas a las que juzgaba conveniente dirigir unas palabras de aliento y de paz para el alma. O bien salía porque las circunstancias le obligaban a entrevistarse con aquellas familias a cuyas hijos había encaminado o quería encaminar hacia la vida religiosa.

»Yo le acompañaba repetidas veces en esas correrías, por lo que pude convencerme más y más de la santidad de aquel hombre extraordinario, cuyas palabras y manera de pensar causaban tanta impresión en mi espíritu juvenil.

»El recuerdo de los paseos que di con tan santo compañero perdura vivo en mi mente. Observé cuánto horror sentía hacia el pecado y cómo le apenaban las ofensas hechas a Dios. Comprobé su ar-



«¿Dónde estará tu madre ahora?»

diente celo apostólico, que no perdía ocasión de adoctrinar, tanto a los niños como a las personas mayores; su sólida piedad, que se manifestaba en todas partes, y sobre todo en la iglesia, donde, al igual de lo que se afirma de nuestro Venerable Padre Fundador, diríase que veía a Jesús cara a cara.

»Era el lunes o martes de Carnaval, días en que, por aquel entonces, tanto niños como mayores se entregaban a diversiones pecaminosas. La necesidad obligó al H. Bernardo a ir hasta un pueblo vecino, Porquera, para llevar cierta noticia a una familia que tiene un hijo marista. Quiso tomarme por compañero de viaje.

»Al volver, y a mitad de camino, encontramos un grupo de raperuelos, algunos de los cuales, enmascarados, hacían grotescos ademanes. Cuando ya dejamos atrás la chiquillada, el H. Bernardo exclamó con aquella unción particular suya que denotaba que sus palabras salían del corazón: —¡Cuántos pecados se cometen estos días! ¡Con qué gusto daría clase, no sólo a nuestros alumnos, sino a todos los chicos del pueblo, aunque sólo fuera para evitar que se cometiese un pecado mortal!— Y luego añadió: —Es verdad que

nuestros alumnos no son como nosotros quisiéramos; sin embargo, debemos estar muy contentos por lo que aprovechan moralmente, pues son muchísimos los pecados graves que evitamos mientras los niños están en nuestras aulas.—

»Su virtud era tan sólida como atractiva. Infundíale un aire de contento y simpatía tales, que ni aun los más empedernidos socialistas dejaban de saludarle con respeto y cariño. Ello le daba pie para depositar en los corazones la semilla de un buen consejo, siempre que se presentaba ocasión.

»Una tarde volvíamos de Vallejo. A la salida del pueblo encontramos a un hombre que aparentaba tener cerca de treinta años y que había sido alumno de nuestra Escuela. Nos detuvimos a hablar con él, como solía hacer el H. Bernardo con casi todos los de aquel pueblo, con la



“Mira, amigo, piensa en tu alma...”

mira puesta en hacerles algún bien. Aquel hombre era un destacado socialista. Al terminar la conversación, el Hermano Director le dice: —Mira, amigo: déjate de política, que te servirá muy poco, y pien-

sa más en tu alma y en tu salvación. Eso es lo que importa; lo demás, muy poco.»

Otro de los colaboradores del siervo de Dios en Vallejo de Orbó, hablando de la devoción del H. Bernardo al Sagrado Corazón de Jesús, dice:

«Cada año celebraba con pompa extraordinaria el aniversario de la entronización: novena con predicador, comunión de los niños, de los antiguos alumnos y del pueblo en general; procesión e iluminaciones. Resultaba la fiesta más simpática del pueblo; venía mucha gente de fuera; se convirtió en la fiesta mayor de la localidad.»

Uno de los superiores que nuestro héroe tuvo, el ilustre H. Hipólito, que fué Provincial muchos años, dejó escrito: «Durante mi provincialato, tuve ocasión de tratar de cerca al Hermano Bernardo. No tardé en ver en él un excelente religioso y un profesor de mérito. Me di pronto cuenta de que sus directores le tenían en la misma estima que yo; y cuando ocurría el caso de tener que trasladarle por ser en otra parte más necesarios sus servicios y sus buenos ejemplos, la resistencia que sus directores hacían a desprenderse de él llegaba hasta donde permite la obediencia, convencidos de que perdían un tesoro que difícilmente podía sustituirse. Como director suyo más tarde en Barcelona, tuve la fortuna de relacionarme aún más íntimamente con él. Su virtud me admiraba y sus ejemplos me servían de edificación.»

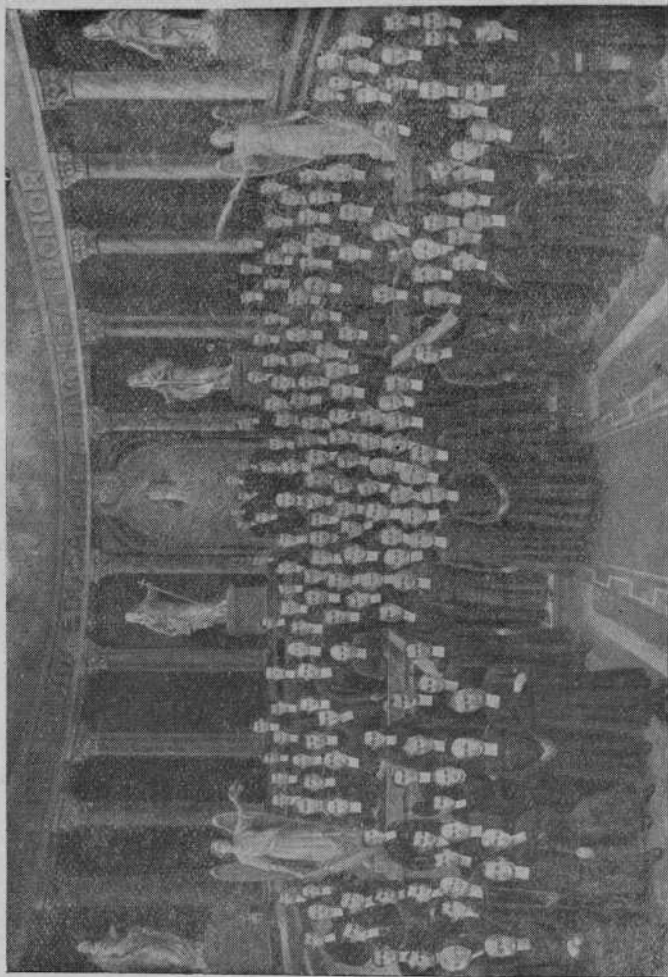
Concluyamos con esta anécdota, relatada por un antiguo alumno del mártir:

«Cierta día en que el H. Bernardo fué al Juniorado de Arce-niega para ver a los que él había llevado, le hicimos todos individualmente una visita. Al llegarme el turno, le dije: —Tal como están hoy las cosas, usted en Barruelo debe de tener mucho miedo; cualquier día nos llega la noticia de su muerte.— A lo que me respondió: **—Hace años que pido a Dios la gracia de ser mártir.**»

Su oración había sido escuchada...



“Pido la gracia de ser mártir...”



Hermanos Maristas mártires en la última cruzada (1936-1939)

Entre ellos se hace figurar al H. Bernardo—el primero, a izquierda—como nuncio de esta grandiosa ofrenda de sangre

UNA VISIÓN Y UN SUEÑO MISTERIOSOS

NADA tiene de extraño que un alma tan selecta presente en su vida hechos que sólo tienen explicación satisfactoria en el mundo de lo sobrenatural.

El demonio, que en mil formas combate a los siervos de Dios, no dejó de manifestarse al santo H. Bernardo. Uno de sus jóvenes discípulos, que le acompañó varias veces durante el trayecto de Vallejo de Orbó a Barruelo, nos ha referido el hecho siguiente:

«En ocasión en que acompañaba yo a mi director, H. Bernardo, desde Vallejo a Barruelo, nos sorprendió a mitad de camino, cerca de Peña Blanca, una aparatosa tempestad. Menudeaban truenos y relámpagos.

»El H. Bernardo veía algo que a mis ojos permanecía oculto. Se giró, hizo algunos signos con la mano y, finalmente, me dijo: —**Mira, prométeme que lo que te voy a contar no lo dirás a nadie.** Así lo hice, y entonces me habló en estos términos: —**Has de saber que en ese tremendo nubarrón apareció el diablo. Tenía la forma de un enorme toro negro y amenazador. Asustaba el verlo. Nos hubiera triturado, pero ante el poder de la Cruz y la invocación a María Santísima, ha huído al instante.**

»He callado este suceso hasta hoy, en que lo cuento también a mi madre, porque sé que se recogen datos para el proceso de beatificación de mi santo director, y creo que no será indiscreción manifestar llanamente lo que de él sabemos.»

En otro lugar hemos transcrito unas palabras del mártir que rezumaban dejos de profecía, consignadas por él en los últimos ejer-



El sueño de aquella noche...

cicios que hizo en 1934, poco antes de su muerte. A continuación de la frase «La muerte se acerca», que allí quedó estampada, se expresa él mismo en estos términos:

«Durante la noche del 19 al 20 de agosto, víspera de San Bernardo, tengo un sueño que me llena de gozo espiritual. He visto en el aire, cerca de mí, a un ángel de sin igual belleza que me ha abrazado y besado en la frente con gran afecto. Me deja el alma llena de deseos de ver a Dios y a la Virgen... Esta misma noche luché a pedradas con una serpiente, a la que no pude matar, pero sí herir. Benditos sean los ocultos e inescrutables juicios de Dios. Todas las criaturas le alaben por sus infinitas misericordias. Amén.»

No pretendemos interpretar este sueño; pero, si lo hubiésemos de hacer, ¿no sería cosa de pensar que el ángel era el nuncio celestial que le venía a traer el mensaje de su próxima entrada en el cielo, y que la serpiente representaba a la revolución marxista, que, lacerada en su primera intentona de guerra a Cristo, proseguiría dos años más tarde su feroz acometida contra Dios y sus seguidores?

Recordemos, finalmente, los dos casos de enfermos de los que se habla en la página 30, y en los que la influencia del H. Bernardo se dejó sentir en forma que parece apartarse de lo ordinario.



EL MARTIRIO

HORA es ya de que narremos las circunstancias en que fué sacrificado el santo Hermano.

Sucedió su muerte el día 6 de octubre de 1934, un sábado, hacia las cuatro de la madrugada.

La víspera de la tragedia, primer viernes de mes y fiesta onomástica de don Plácido—nombre de pila con que era conocido en aquellos días de secularización—, hubo en la iglesia los cultos propios del



La Escuela de Barruelo dirigida por el H. Bernardo

día, a los cuales asistió la Escuela. Cuarenta alumnos del Director colmugaron con él y con los demás componentes de la casa.

Después se concedió asueto, y a la comida fueron invitados los Hermanos de Vallejo, como era allí antigua y laudable costumbre de grata reciprocidad entre las dos comunidades. A los postres, no faltó el comensal ocurrente que saludó al festejado y le deseó en graciosas rimas «la felicidad eterna», sin sospechar, ni mucho menos, que al cabo de pocas horas había de entrar por la gran puerta del martirio en esa felicidad sin término reservada por Dios a sus leales.

No estará de más recordar, para mejor reconstituir el luctuoso hecho acaecido en la noche del 5 al 6 de octubre, que el dormitorio del glorioso mártir era, por elección propia, un cuartucho del desván. La única iluminación que le llegaba la recibía de un reducido tragaluz abierto en el mismo tejado. Nuestro héroe prefirió esta ruin habitación al cómodo cuarto reservado al Director, y que, en consecuencia, nadie ocupaba durante la noche.

Sin duda, así podía más fácilmente satisfacer sus ansias de maceación y sus prolongadas vigiliás, al abrigo de posibles indiscreciones. Los enseres que en esa mísera estancia se encontraron después de su muerte, bien elocuentes fueron en este punto. En el baúl se veía un instrumento de tortura que el mártir hiciera confeccionar, con las debidas reservas, a la persona de servicio de la casa. Compuesto de lona y tela metálica, servía seguramente para el lecho, ya incómodo, del santo Director.

Además, cuando, transcurrido aquel tétrico y revuelto día 6, se entró en aquella habitación, viéronse en el suelo, junto a la cama, unas disciplinas y un cilicio. Este último consistía en un cinturón cubierto de pinchos metálicos. El H. Andrés, hermano carnal del mártir según se dijo, recogió y guardó ese instrumento como recuerdo precioso; pero dos años más tarde, al ser a su vez encarcelado el H. Andrés por los rojos en Cartagena, se lo quitaron, junto con todas sus cosas, y lo echaron en una sima de la cárcel.

De la suerte que hayan corrido las disciplinas, nada se sabe. Sólo se conserva el primero de los tres citados instrumentos y una partecita del cilicio, previamente guardada por un cooperador del H. Bernardo.

Pues bien: en aquella pobre habitación dormía el virtuoso jefe de la comunidad, tranquilo y ajeno a la tragedia que le aguardaba pronto y cerca, cuando he aquí que los agentes del mal, amparados por la oscuridad de la noche, atacan el edificio. Saltan los vidrios, heridos por los disparos. Desde sus habitaciones, acuden prestamente los Hermanos a recibir órdenes de su venerado superior.

«¡A Aguilar todos juntos!», es el encargo que reciben. Todos juntos, pues el lobo acecha y el temor se agranda invenciblemente. Bajan a oscuras, y con sigiloso paso van por los corredores en dirección al patio, mientras las botellas de líquido inflamable, arrojadas contra los bajos del edificio, producen inquietantes llamaradas.

Lléganse al jardín y, por el portillo que da al río, saltan uno a uno para vadear la menguada corriente. «¡Adelante, que Dios nos proteja!», ha dicho a los suyos el H. Bernardo. Mas—benditos sean los designios del Altísimo—, apenas sube él, decidido, la resbaladiza pendiente del ribazo opuesto, de un cubil cercano surge en seguida el tigre. No está solo: le vigilan y apoyan otros nueve, que constituyen con él una **checa**, al estilo soviético. Él va a ser el casual ejecutor de un tremendo encargo colectivo.

Y en aquel triste amanecer se entabla un diálogo que, a la tenue luz de una lamparilla de alumbrado público, permite al agresor cerciorarse de la personalidad de su víctima.

—¡Libertad!—grita el malvado.

Tal era la consigna de los revoltosos. Según después se ha sabido, había que responder: «A por ella vamos.» Pero el hombre de Dios, que nada sabía de tales convenios secretos de los marxistas, al ver



La escena del martirio

que el forajido le encañonaba con la escopeta, contestó así, con lastimera voz y extendiendo en cruz los brazos:

—¡Tenga compasión de mí! ¡Por amor de Dios, no dispare!

El asesino rugió nuevamente:

—¡Libertad!

En este momento, ya para demandar auxilio, ya para que los Hermanos, inermes como él, se alejasen a favor de las tinieblas, gritó a todo pulmón:

—¡Perdóneme! ¡Soy el Director de las Escuelas y paso mi vida haciendo bien a los hijos de los mineros!

Tras otra voz de «¡Libertad!», ordenóle el criminal que retrocediese dos pasos. Hízolo así el siervo de Dios, con los brazos siempre en cruz, e inmediatamente le descargó dos tiros.

Abatióse aquel cuerpo, bañado en sangre, mientras se oían estas palabras:

—¡Perdón, Dios mío! ¡Le perdono, Señor! ¡Madre mía! ¡Virgen Santísima, perdónale! ¡Ay Madre mía!...

La vecina que refiere estas heroicas exclamaciones no pudo entender bien otras frases por impedírselo el llanto de una hijita que llevaba en brazos, pero añade que oyó la palabra «niños» y que algo decía de ellos mientras agonizaba.

Para rematar a su víctima, adelantóse la sanguinaria fiera humana y le asestó una puñalada en la axila izquierda.

En aquel hosco ribazo quedaba, exánime, el cuerpo del H. Bernardo. Pero, allá en las alturas, el coro de los bienaventurados cantaba con arrobadoras voces: **A Ti, Señor, alaba el brillante ejército de los mártires.** Y los ángeles bajaban, jubilosos, palmas y coronas...

Entretanto, el grupo de los restantes Hermanos se ha deshecho. Mientras uno de ellos se guarece en una casa inmediata, otro, en saltos inverosímiles, gana un escondrijo cercano al riachuelo. Pero, justamente, halla en él a un escopetero que está dormitando. Despabilase éste al punto, mas, antes de que empuñe el arma, ya está ella en poder del Hermano. Tiembla el marxista de pies a cabeza, y, con las manos en alto, grita las voces de la consigna. El Hermano le obliga a huir y queda solo con el arma. Pero, adivinando el peligro que corre si los enemigos le sorprenden allí, decide tirar la escopeta a un zarzal y alejarse a campo traviesa por montes y valles, hasta ponerse en salvo. Así lo hace.

Por su parte, los tres más jóvenes huyen a Aguilar de Campoo, y de allí a Burgos, en cuyo colegio encuentran cariño y alientos inapreciables.

Mientras agonizaba el mártir, a pocos pasos de él se hallaba escondido uno de los Hermanos, en angustiosa espera de cuál sería su propia suerte. Desgarrábale el corazón la imposibilidad de auxiliar al moribundo, cuya quejumbrosa respiración oía perfectamente; pero se hallaba sin medio alguno de defensa frente a los malvados. Él y los huídos deben su vida a la heroica abnegación de su director y padre, que, al entregarse, logró, como el Salvador en Getsemaní, que se salvaran los que le acompañaban.

Allí, en el lugar del martirio, quedó el cuerpo del apóstol hasta las nueve de la mañana de aquel sábado, primer día de la revuelta marxista. A esa hora, los revolucionarios eran dueños absolutos del pueblo. Ataron al cadáver una cuerda por los pies y le arrastraron, talud arriba, hasta la calle—unos metros tan sólo—.

Hay una circunstancia digna de mención: la cuerda fué dada a los asesinos por una descarada vecina, al mismo tiempo que ésta profería toda clase de palabras soeces contra el siervo de Dios. Hasta es posible que pisoteara el cuerpo del mártir, según señales que aparecieron al hacersele la autopsia. Pues bien: uno de los hijos de esa desgraciada fué fusilado después de los sucesos. A ella le alcanzó

también más tarde la acción de la justicia. Otro hijo había muerto de accidente, al edificar, poco antes, la casa. Ésta, no obstante ser de construcción reciente, ha sido destruída, no se sabe por qué, y de ella no queda piedra sobre piedra. En aquel solar se yergue hoy un nuevo edificio. Todo esto invita a seria reflexión...

Pero sigamos el proceso de nuestro mártir después del crimen:

Subido a rastras el cadáver hasta la calle con la cuerda de que se acaba de hablar, y anudada también ésta al cuello y a la cintura, tres de los revolucionarios lo trasladaron hasta el jardín de la Escuela y lo dejaron en la misma posición que en el ribazo del río: boca abajo y con los brazos y piernas un tanto extendidos. Así permaneció veinticuatro horas.

El domingo, medio adueñada ya de nuevo de la población la gente de orden, fué subido el cuerpo del mártir por la empinada cuesta del cementerio y colocado a la puerta del depósito de cadáveres. Uno de los testigos manifiesta que tenía la cara un poco tiznada de carbón y la mano izquierda tinta en sangre. Su fisonomía era natural, aunque tenía algo aplastada la mejilla izquierda a causa de la posición en que había estado durante veintinueve horas.

Asistieron al entierro, no sin sobresaltos por el peligro que aun había, los Hermanos: Virgilio, Director del Colegio de Burgos y mártir a su vez dos años más tarde; Edilberto María, Fructuoso y José Camilo, juntamente con el señor cura párroco, don Venancio Puente Arroyo; su coadjutor, don Corbiniano Hernández; la señora Emilia de Pablos, viuda de Escobar y madre de un Hermano marista; los antiguos alumnos del mártir: Benito Martín, Raimundo Torices y Carlos Rasines; el ordenanza de la Escuela, y, finalmente, un piquete de guardias civiles armados.

Se le enterró el día 8 de octubre, a las cuatro de la tarde, después de haberle colocado encima del traje de paisano la sotana, en cumplimiento de un deseo manifestado por él, pues había dicho repetidas veces: «Mi mayor pena sería que se me enterrase sin la sotana marista.»

Para conseguirla, el H. José Camilo, uno de los súbditos del mártir, tuvo la valentía de penetrar en el Colegio en horas aun peligrosas.

A punto ya de dar tierra al héroe, arrodillóse junto a él la buena señora Emilia y, en medio del silencio y de la emoción general, le dió un beso en la frente, al propio tiempo que le decía entre sollozos: «Por tu familia y por mis hijos.»

Las honras fúnebres que se le tributaron en las horas inmediatas a la tormenta—con escolta armada y máquinas mortíferas de defensa, porque aún merodeaban los enemigos por los cerros que rodean el cementerio—fué un homenaje singular e inesperado.

Y desde entonces han menudeado las visitas y plegarias ante su tumba, que empieza a ser gloriosa, conforme a la promesa de Dios.

EL PORQUÉ DEL MARTIRIO

HAY quien ha dicho que el asalto en forma tan violenta a la Escuela sólo se explica por la sospecha que los revoltosos abrigan de que allí se escondían armas. Esta suposición de las armas tiene todos los visos de un pretexto. En los vergonzosos saqueos que dos años más tarde se harán en las casas religiosas, los rojos aducirán esa misma razón y aun añadirán, con cínica mentira, que tal o cual disparo—hecho por ellos mismos—partió de este o del otro convento. Ello servirá para justificar ante las masas ignorantes los robos, encarcelamientos y asesinatos que a mansalva perpetrarán con repugnante salvajismo.

Por lo que a los Hermanos de Barruelo respecta, no obstante las generales simpatías de que gozaban en la población, nos consta el odio que se conquistaron por parte de un sector marxista que con diabólica saña se había propuesto desterrar de las escuelas toda enseñanza religiosa. Es a lo que el H. Bernardo no se resignaba tan fácilmente. Su razonamiento era muy sencillo: «Me hice religioso para santificarme; y religioso marista, principalmente para enseñar el Catecismo y llevar a Dios los niños y los jóvenes. Si se me impide hacer esto, mi existencia no tiene razón de ser.» Y continuaba dando la clase de religión con el mismo celo de siempre y aun con más ardor si cabe, a cuantos querían oírle.

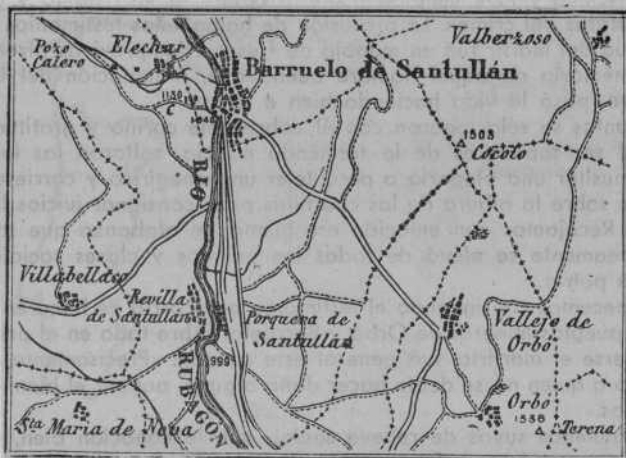
Sabedores los marxistas de que en la enseñanza no suprimían los Hermanos lo que la vergonzosa Constitución laica de aquellos días había proscrito, diéronse a insultarlos y determinaron vengarse. Y así, cierto día, mientras daba clase el H. Bernardo, penetró uno de aquellos desgraciados en el aula y, puñal en mano, se adelantó para asesinarle. Pero, fuese por el sobresalto y el alboroto de los escolares, fuese por la reacción de éstos, o porque lo evitara el Hermano, el criminal huyó por una de las ventanas sin haber consumado su propósito. Nuestro apóstol continuó impertérrito su labor, pero le brotó un pesar: el de no haber dado su sangre por Cristo.

Así parece revelarlo una de sus cartas de aquella época, dirigida a un alumno jovencito—hoy, religioso marista—que por entonces se hallaba en el Noviciado Menor o Juniorado. Le decía: «Pepe: Cuando nos veamos, te contaré una grande gracia que me ha hecho Dios Nuestro Señor...»

Aludía, por lo que después hemos oído referir, a la satisfacción de haber sufrido persecución y casi martirio por la fe.

Los Hermanos, y en especial su apostólico Director, estaban fichados en la Casa del Pueblo y figuraban en las listas negras que allí, como en toda España, tenían preparadas los secuaces del mal. Tres semanas antes de la tragedia, el H. Bernardo había dicho confidencialmente a uno de los Hermanos: «Estoy amenazado de muerte.»

No le perdonaban, sobre todo, el que, por medio de su organización de Acción Católica y de las conferencias apologeticas que



Plano de la región de Barruelo

daba en aquellos días de encarnizada lucha de ideas, les arrebatara la juventud. Sostenían que no tenía derecho a ello; que su fin era sólo enseñar a la chiquillería.

Lo cierto es que el apostolado educativo del santo Hermano contribuía eficazmente a retener en las filas del bien a muchos jóvenes, que se conservaban fervorosos católicos en una época en que todo eran amenazas para los que no seguían la corriente marxista, muy en boga por entonces en un extenso sector de la vida nacional española.

Tal es, y no otra, la verdadera causa de la malquerencia que hacia el H. Bernardo y sus colaboradores mostraban los elementos levantiscos de la población barruelana. ¿Habrá modo más genuino de padecer «persecución por la justicia»?

FAMA DE SANTO Y DE MÁRTIR

CONOCIDA la noticia de la muerte del H. Bernardo, brotó unánime entre los que le trataron la cálida alabanza para la gloriosa víctima y la encendida protesta contra el vil asesino y contra los fautores del crimen. La profusión de halagüeños testimonios sobre la virtud del mártir fué un manojo de frescas siemprevivas ofrendado a la memoria de aquel hombre bueno que, a imitación del Divino Maestro, pasó la vida haciendo bien a todos.

Cuanto se relacionaron con él cobráronle cariño y gratitud. Por eso, al ser sabedores de la tremenda noticia, soltaron las lenguas para musitar una plegaria o para tejer un panegírico y corrieron las plumas sobre la albura de las cuartillas para consignar juicios laudatorios. Recojamos con emoción ese himno de alabanza que tan espontáneamente se elevó de todos los ámbitos y clases sociales de nuestra patria.

Empecemos consignando el testimonio que corrió de boca en boca en los pueblos mineros de Orbó y Barruelo, sobre todo en el primero. Al saberse el martirio, fué general este clamor: «Precisamente se ha matado a quien no se debía hacer daño alguno, por ser el bienhechor de todos.»

Ex alumnos suyos de relieve social, que le conocían bien, manifestaron con ardorosas frases su opinión al recordar al santo maestro.

«Bernardo Fábrega es mártir de Cristo en Barruelo: enhorabuena»; telegrafió el profesor de la Escuela Normal de Granada, señor Palop.

Y don José Riva Clavé, director hoy, en Igalada, de una entidad bancaria importante, pedía con encarecimiento un recuerdo del mártir. «Deseamos una reliquia del santo», añadía. Y para cuando escribía esto, ya había llevado al estadio de la prensa local encendidos acentos de admiración y devoto cariño hacia el difunto.

Recuérdese que Igalada fué campo predilecto del celo apostólico de nuestro mártir en sus años mozos. No se le ha olvidado en aquella localidad. Prueba de ello son las referencias que hemos dado en el transcurso de esta historia.

A raíz del asesinato, un gran rotativo nacional, **El Debate**, nos sorprendió con el siguiente epígrafe impreso en gruesos caracteres: «Un Hermano Marista, mártir en Barruelo (Palencia).» Y conste que este dictado de «mártir» no era hijo exclusivamente del afecto del ex alumno redactor, sino que aparecía refrendado por el Consejo

de Redacción, lo que le comunica un valor extraordinario. Y toda España leyó aquel rótulo, y propios y extraños penetraron el alcance apolagético y elogioso de la expresión periodística.

Otro día, es el superior de la Congregación de Hermanos de las Escuelas Cristianas quien escribe: «Pasó haciendo el bien y le han quitado la vida; se ha repetido la Pasión en alguna forma.» Y añade: «Ha muerto el Hermano, pero no ha terminado su apostolado; un mártir nunca es estéril para la entidad que le cuenta entre los suyos.»

Más tarde, un aristócrata de la sangre y del dinero, que había tratado de cerca al H. Bernardo—nos referimos a don Jorge de Sa-



Etapas de la vida del H. Bernardo

trústegui, héroe dos años más tarde—, afirma: «Podemos considerarle verdadero mártir, que hoy estará gozando de la paz y felicidad eternas como un nuevo santo, pues toda su vida fué expresión de una fe y religiosidad ejemplares...»

El clero, y más el que había estado en contacto directo con el mártir, no podía faltar en este concierto de alabanzas.

Del entonces arcipreste de Barruelo, don Venancio Puente, son estas palabras: «Acompañé yo a los Hermanos de aquí en las oraciones por el Hermano Director de Barruelo, que, según parece, abrió la serie de todos estos mártires de la revolución comunista...»

Decía bien: el H. Bernardo fué el protomártir de la revolución de octubre, y su martirio fué el toque de clarín que anunció, con dos años de anticipación, lo que aguardaba en el año 36 a los ciento setenta

de los nuestros que habían de dar su sangre por Dios y por su vocación religiosa.

Otro sacerdote comenta con encantadora sencillez: «Cuando lei en el periódico la muerte de que ha sido víctima el H. Bernardo, no se me ocurrió más que esta idea: Dios le ha premiado con la corona del martirio... Por lo que, en vez de rogar por él, a él imploraré para que interceda ante Dios por la exaltación de nuestra fe y la paz de nuestra patria.»

No de otra manera procedía en tiempos pasados el pueblo fiel, en la muerte de los santos: iba desde el piadoso hurto de sus reliquias hasta la misma canonización por voz común, pasando por la plegaria fervorosa. Ciertó que hoy la disciplina eclesiástica tiene formales exigencias en este punto; pero los síntomas consoladores de antaño se han dado repetidamente en el caso de nuestro mártir.

El culto párroco de Orbó, don Evaristo Relloso, escribió la siguiente sustanciosa cuartilla: «¡Oh, cuántos alucinados por las ideas marxistas, si dejaran hablar a sus lenguas como la conciencia les dicta, tendrían que decir a voces las penalidades superadas por el Hermano Bernardo para conseguirles algún bien, alguna mejora! Y, llevados de su vesania, contribuyeron, aunque indirectamente, a la muerte del preclaro mártir...»

«El Dios omnipotente que escogió al H. Bernardo como víctima propiciatoria y fruto maduro para el cielo, nos aliente, nos sostenga y acepte las preces que el mártir, atento y oficioso después de muerto como cuando vivía entre nosotros, no dudamos interpondrá ante el trono del Altísimo.»

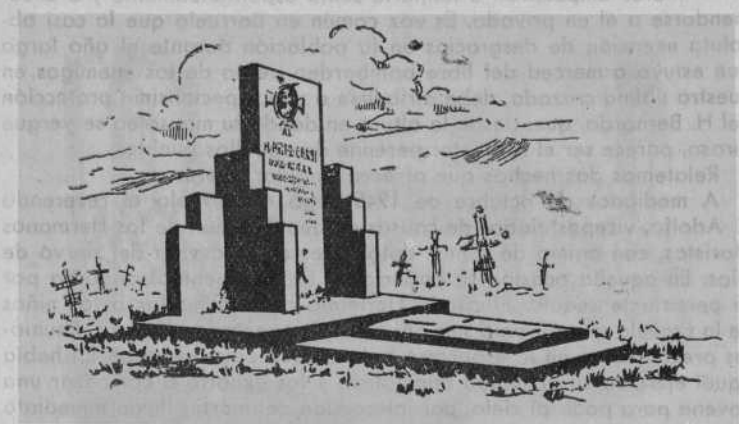
El ilustre publicista P. Vilariño escribía, refiriéndose a las personas consagradas a Dios que habían sido víctimas de la vesania roja: «Como yo considero que murieron por odio de sus perseguidores a la religión y por ser sacerdotes o religiosos, deseo que queden aquí impresos los nombres de los que fueron asesinados por Cristo. He aquí la lista gloriosa...»

Y la pone larga y edificantísima. Nosotros no la vamos a repetir: bástenos señalar que nuestro héroe ha resultado ser, como dijimos antes, el portaestandarte de esa legión de esforzados paladines que, al igual de los de China y Méjico, han demostrado en pleno siglo XX la vitalidad de una fe que muchos creían extinguida o amortiguada.

«Tan de todos ha sido el dolor—escribe el señor arcipreste de Aguilar de Campoo—, tan nuestra ha sido esta desgracia, tal sentimiento de indignación ha levantado en nuestros pechos, tan propia de cada persona cristiana ha sido esta pérdida, que cualquiera podría recibir el pésame, lo mismo que dárselo a los demás. Ha sido el colmo de la ingratitud, únicamente superada por la de los judíos con Jesucristo; lo que, si hace en sumo grado detestable el crimen, eleva la muerte del H. Bernardo hasta la sublimidad del martirio.»

«La opinión general—dice uno que ha convivido con él en aquellas alturas palentinas—le tiene como a un mártir, como a un santo, por la ejemplaridad de su vida y por las numerosas limosnas que hacía a familias, obreros y niños. Su virtud no es común; tiene algo de extraordinario, que se ha cautivado la admiración de cuantos le trataron.»

Los jóvenes a quienes él encaminó a la vida religiosa le lloraron como a un padre. «Con gran sentimiento—escribía uno de ellos, misionero en las lejanas tierras de Chile—he recibido la noticia de la



Mausoleo del H. Bernardo

muerte del querido H. Bernardo, de quien tuve la dicha de ser discípulo e hijo, pues de él se sirvió Dios para llamarme a la vida religiosa. Él mismo se dijo mi segundo padre, y como tal, en una carta, me envió su bendición. ¡Qué dicha para mí el haber sido bendecido por un apóstol y mártir!»

Y el Hermano que le sustituyó en 1931 en la dirección de la Escuela de Vallejo de Orbó, y que le trató íntima y frecuentemente durante los tres años que precedieron a su martirio, condensa en estas palabras el documentado trabajo que sobre la admirable vida del H. Bernardo ha escrito: «Era un hombre abrasado de amor de Dios y del prójimo y dotado de heroico espíritu de sacrificio.»



VALIMIENTO DEL SIERVO DE DIOS

NO bien se supo el martirio del héroe, los habitantes de la comarca empezaron a llamarle **santo** espontáneamente y a encomendarse a él en privado. Es voz común en Barruelo que la casi absoluta exención de desgracias en la población durante el año largo que estuvo a merced del libre bombardeo aéreo de los enemigos en nuestra última cruzada, debe atribuirse a una especialísima protección del H. Bernardo, que, desde la altura en donde su mausoleo se yergue airoso, parece ser el protector perenne de aquellos pueblos.

Relatemos dos hechos que ofrecen singular interés.

A mediados de octubre de 1945 llegó a Barruelo el reverendo H. Adolfo, vicepostulador de causas de beatificación de los Hermanos Maristas, con ánimo de tomar datos acerca de la vida del siervo de Dios. En aquella ocasión se padecía en España general angustia por la persistente sequía. El citado Hermano decidió hablar a los niños de la Escuela que durante seis años había regentado el mártir. Reuniólos precisamente en la espaciosa aula en que de modo especial había aquél ejercido su actividad apostólica, y los exhortó a comenzar una novena para pedir al cielo, por intercesión del mártir, lluvia inmediata sobre los sedientos campos de la región y aun de toda España.

Otro tanto hizo en la Escuela de niñas, dirigida por Hijas de la Caridad. En total, unos ochocientos escolares. No fué posible hablar a los niños del grupo escolar nacional porque no tenían clase aquellos días, a causa de las obras que se estaban realizando en el inmueble.

Los medios propuestos a los escolares para merecer ser escuchados en su petición eran: orar bien, ofrecer algún sacrificio al Señor y cumplir debidamente las obligaciones.

Todos empezaron la novena con disposiciones inmejorables.

Pues bien: el primer día se encapotó el cielo; el segundo y los restantes llovió casi diariamente.

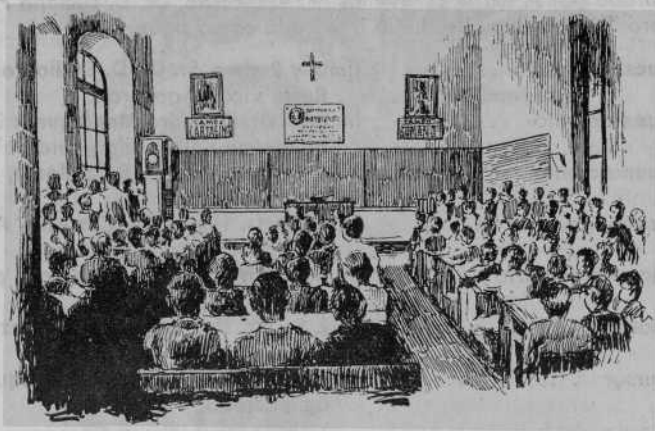
El entusiasmo se desbordó en aquella niñez. Pero al acabar la novena, deseando que cayese el agua en mayor cantidad aún, por lo mucho que se necesitaba, el Hermano exhortó a terminar el mes con un triduo en el que se pediría que lloviese en abundancia. Y llovió de firme durante tres días, con la consiguiente satisfacción de todos.

Los campesinos de la región y de toda España respiraron, y pudieron hacer la sementera.

Cuatro meses más tarde volvió a Barruelo el mencionado Herma-

no, en ocasión en que nuevamente estaban lamentando los agricultores la falta de agua. No había vuelto a llover. La sementera había ofrecido las más risueñas esperanzas, por las lluvias que la acompañaron, pero el subsiguiente período de sequía motivaba conjeturas pesimistas. Por otra parte, los embalses habían bajado sensiblemente de nivel. Ya se había empezado a dictar normas para la restricción del fluido eléctrico.

En tales circunstancias, repitió dicho religioso las reuniones de los mismos escolares y los exhortó a hacer una novena para pedir nuevamente, por intercesión del H. Bernardo, lluvia para la comarca y



Pidiendo con toda devoción el don de la lluvia

(En la pared frontal del aula, nótese la hermosa lápida dedicada al H. Bernardo.)

para España entera. Al efecto, habrían de practicar los mismos actos de piedad y penitencia que la primera vez.

¡Cosa notable!: el mismo día primero de la novena, al salir de clase por la tarde, vieron que estaba lloviendo. El alborozo fué unánime. Durante la novena, y largo tiempo después, el agua cayó en abundancia sobre todas las regiones españolas. Las órdenes relativas a restricciones de luz quedaron sin efecto y se desvaneció por completo el temor de los agricultores. Las cosechas del año fueron espléndidas.

En Barruelo se interpretaron estos hechos como favores del siervo de Dios y contribuyeron no poco a estimular la confianza que en él tienen depositada.

HACIA LOS ALTARES

EN el momento de entregar a la imprenta estos datos de la vida de nuestro mártir, se está llevando a cabo en el Palacio Arzobispal de Burgos el proceso de su causa de beatificación, ante el tribunal nombrado por el Excmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo, Dr. D. Luciano Pérez Platero. Dicho tribunal se halla integrado como sigue:

Juez delegado	Ilmo. y Rvdmo. Sr. Dr. D. Emilio Rodero Reca, vicario general.
Juez adjunto	M. I. Sr. Dr. D. Pedro Mendiguren Díez , arcipreste del Cabildo catedralicio.
Juez adjunto	M. I. Sr. Dr. D. Pedro Ruiz Monje , doc- toral.
Promotor de la Fe	M. I. Sr. D. Honorato Carrasco Agui- naga , canónigo.
Notario actuario	M. I. Sr. Dr. D. Felipe Abad Saiz , peni- tenciario.
Notario adjunto	M. I. Sr. Dr. D. José Bravo Gómez , ca- nónigo.
Cursor	Rvdo. Sr. D. Luis Estalayo Casquero , beneficiado.

El proceso está para terminarse y ser llevado a Roma.

Recomendamos a quienes deseen obtener alguna gracia por intercesión del H. Bernardo:

1.º Que recen las oraciones indicadas en la hojita puesta ya en circulación y señaladas como propias para una novena. Llevan la aprobación del Excmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo de Burgos.

2.º Que notifiquen cuantos favores reciban del siervo de Dios al **R. H. Vicepostulador, Eduardo Dato, 3, Madrid.**

3.º Que pidan, valiéndose de esa misma dirección, la estampa del H. Bernardo con reliquia y la novena.

Confiamos que, en fecha no lejana, hemos de ver en los altares a este benemérito apóstol de la juventud.

RECUERDO DE UN HOMENAJE

Un año después de la muerte del H. Bernardo, el pueblo de Barruelo le ofreció un grandioso homenaje de gratitud y cariño. Re-



producimos aquí la primera página del recordatorio editado en aquella circunstancia y dos poesías declamadas por discípulos del mártir.

TOQUE DE GLORIA

Campanitas, campanitas:
¿por qué no tocáis a muerto?
¿Por qué no decís al mundo de los vivos
que de luto están los niños de mi pueblo
y los jóvenes también, y el hombre honrado
que en las manos y en la frente lleva el sello
de la brega cotidiana,
de la brega que le da frugal sustento?
¿Por qué no decís al mundo de los vivos,
campanitas de mi pueblo,
que no espere ya sonrisas ni bondades
ni lecciones ni consejos
del que, más que "hermano", fué padre amoroso
de meliflúo corazón y ágil cerebro,
padre siempre rebotante de cariño,
padre bueno entre los buenos?...
¿Por qué no decís al mundo de los vivos,
campanitas de Barruelo,
que han perdido las escuelas,
que ha perdido este hijo humilde de un obrero
al que fué segundo padre,
al que fué sin par maestro,
al que siempre quiso unir sus ilusiones
a la dicha de estos hijos del trabajo más austero?...
Campanitas, campanitas,
que asociáis vuestro dolor a cualquier duelo:
¿nada dicen vuestras lenguas?
¿No hay un fúnebre lamento
por la pérdida de apóstol tan insigne,
de tal padre y tal maestro,
de nuestro HERMANO BERNARDO,
que en Barruelo y en Orbó dejó las flores de su celo?...

.....
Mas, ¿qué digo, campanitas?:
no dobléis, no, que no ha muerto;
que está vivo en lo más hondo de las almas
y embalsama nuestra vida su recuerdo...
Basta ya de mudez triste;
quebrantad vuestro silencio,
y en estrofas magistrales,
difundidas por los vientos,
suena el himno del atleta inquebrantable
que sacó de áspera muerte triunfo cierto.
Suena el himno... y haga suyos nuestros vitores
todo sano corazón aquí en Barruelo
y en el suelo multiforme de mi patria
y en el último confín del orbe entero.
La semilla que él sembrara con cariño
frutos mil dará a su tiempo:
en cosecha de honradez acrisolada
trocaránse sus consejos;
sus desvelos paternos,
en la fiel imitación de Cristo Obrero;
y su afán por instruirnos,
sus magníficas lecciones de maestro.

rodearán nuestra existencia
 de una aureola que es presea del talento...
 La semilla de su sangre, de su sangre por Dios dada,
 cuajará en bienes sin cuento;
 y hasta aquellas de perdón voces postreras
 tornarán al buen sendero
 a infelices engañados
 que un discípulo verán del Jesús bueno...
 Y por eso, campanitas,
 lejos de tocar a muerto,
 repicad desde hoy a gloria,
 repicad con firme empeño.
 Vuestros sonos han de ser
 un preciado florilegio
 que le diga al orbe todo
 con airoso martilleo:
 "El buen HERMANO BERNARDO,
 el que fué padre y maestro,
 no ha muerto: vive en el alma
 de grandes y de pequeños..."

LOOR AL MÁRTIR

Fué por estos días, — ; cómo lo recuerdo!
 Yo no vi la lucha — del ilustre muerto,
 mas oí lecciones — del santo Maestro...
 y ya no las oigo, — ni puedo ya verlo.
 Es que lo mataron — los hombres perversos,
 ; Dicen que es un mártir — que reina en el cielo!
 Lo aseguran todos, — y yo así lo creo.
 Murió perdonando — como El del madero.
 De eso ya hace un año, — y aun le llora el pueblo,
 le dedican placas, — le alzan mausoleo...
 Cuando vengo a clase — y a la escuela llego,
 cuando miro en torno — y ya no le veo,
 me lloran los ojos, — y un dolor muy negro
 invádeme el alma, — me estremece el cuerpo.
 Tal vez os sorprende — mi decir ingenuo:
 digo mis pensares, — hablo lo que siento...
 Lo mismo dirían — estos compañeros
 que un día le amaron, — pues le conocieron.
 Yo, en nombre de todos, — carente de méritos,
 pero muy ferviente — devoto del muerto,
 le elevo mis loas — y vivo le creo
 en la gloria eterna, — cerca del Cordero.
 Desde allí nos mira — dichoso el Maestro;
 allí nos espera — radiante de anhelo.
 Obremos, amigos, — según su deseo,
 y Dios, bondadoso, — nos dará igual premio.



INDICE

	Págs.
DEDICATORIA	5
Un bautizo en Camallera	7
El mejor amiguito	9
Corazón de oro	10
"Yo seré Hermano Marista"	11
En el jardín de la Virgen	12
Fervoroso novicio	14
El quinquenio de prueba	15
Con Cristo hasta la muerte	16
El secreto	17
Vencedor de sí mismo	20
Trabajador incansable	23
La mayor alegría	24
Padre de los pobres	27
Con los enfermos	30
El buscador de obreros evangélicos	31
Entre sus Hermanos	32
En pos del ideal	34
Coro de alabanzas	35
Una visión y un sueño misteriosos	45
El martirio	47
El porqué del martirio	52
Fama de santo y de mártir	54
Valimiento del siervo de Dios	58
Hacia los altares	60
Recuerdo de un homenaje	61

